



Obra
compuesta
por el insigne maestro
Francisco Guerrero





Prefacio

A Francisco Guerrero le han llamado "cantor mariano por antonomasia", "el dulce" o "el enamorado del Dios Niño", y es que pese al relativo olvido actual, paliado en parte con la reciente celebración del cuatrocientos aniversario de su muerte, este músico sevillano, junto con Tomás Luis de Victoria y Cristóbal Morales, representa la cumbre de la polifonía religiosa española. Compositor, cantor, maestro de capilla, viajero incansable y autor del Viaje de Jerusalem, Guerrero podría encajar bien en esos ideales renacentistas del artista total, dedicado por igual a la acción y a la devoción.

Su más ilustre biógrafo, Francisco Pacheco, nos da como fecha de nacimiento la de mayo de 1527, aunque parece más acertada la de 4 del octubre de 1528, tal como explica Lloréns. En la familia de Francisco Guerrero existía ya el precedente musical de su hermano Pedro, diez años mayor que él, autor de misas, motetes y madrigales, y que llegó a cantor en la Capella Liberiana de Santa María la Mayor de Roma. El propio Francisco Guerrero en el prólogo del Viaje de Jerusalem reconoce el magisterio de su hermano en las artes musicales. La infancia y juventud de Guerrero discurrieron parejas al reinado de Carlos I, gran amante de la polifonía flamenca. Alrededor del 1557 nuestro músico llegaría a entregarle al emperador, ya retirado en Yuste, un libro manuscrito con una misa, y, según Prudencio de Sandoval, el emperador exclamó: "¡Oh, hi de puta, qué sutil ladrón es ese Guerrero, que tal paso de fulano y tal de zutano hurtó!".

En 1542 el joven Guerrero ingresó como cantor en la catedral de Sevilla. Entre 1545 y 1546 se traslada a Toledo para convertirse en alumno de Cristóbal de





Morales, maestro de capilla de aquella catedral. Con dieciocho años, Guerrero obtuvo la plaza de maestro de capilla de la catedral de Jaén, lo que da idea de las dotes de interpretación y composición de nuestro músico.

En el 1549 regresa a Sevilla como cantor de la catedral, con la promesa de obtener el cargo de maestro, y tal como explica Rubio, "se le aseguró además la sucesión al magisterio cuando falleciera Pedro Fernández de Castilleja que lo disfrutaba a perpetuidad, pero al negársele a él en estas condiciones, disgustado por lo que juzgaba un falta de consideración y aprecio por parte del cabildo, oposita otra vez, a los tres años a la plaza de Málaga, venciendo a los cuatro restantes por una gran mayoría, en vista de lo cual el capítulo de Sevilla, a fin de no perderle, accedió a sus deseos".

La narración que hace Guerrero en el Viaje de este capítulo de su vida es algo más benévola, pero a la luz de los hechos reales, se adivina un punto de resquemor en sus palabras. Estas tensiones entre Guerrero y el cabildo sevillano se reproducirían en varias ocasiones a lo largo de la vida de nuestro músico, unas veces por reclamaciones salariales del maestro, otras por las quejas sobre la frecuencia con que debía desplazarse en busca de nuevas voces para el coro. En todo caso Guerrero obtuvo la ración prometida en la catedral hispalense en 1554, cargo ratificado por un bula papal de Julio III el 1 de junio de ese mismo año. La titularidad definitiva de maestro de capilla la obtendría el 9 de marzo de 1574.

Como dijimos, en 1557 ó 1558 Guerrero visita a Carlos V en Yuste. En 1561 haría una visita a Felipe II con el fin de recaudar fondos para la edición de su Canticum Mariæ Virginis, y tras obtener del monarca doce ducados para los costes de edición, en 1563 le dedicaría este libro de magnificats; en 1570 acompañó hasta Segovia al monarca en la comitiva que salió a Santander a buscar a Ana de Austria. También visitaría a Sebastián de Portugal en 1566 para ofrecerle una copia del Liber primus missarum, dedicado a este monarca. En 1582 viaja a Roma y se entrevista con el papa Gregorio XIII, a quien dedica su Missarum liber secundus, en el que se incluía la misa Ecce sacerdos magnus dedicada al propio papa; a su antecesor, Pío V, le había dedicado un libro de motetes publicado en Venecia en 1570.





Como vemos Guerrero se movió siempre en ambientes de altos cargos políticos y religiosos, y quizá su principal valedor fuese el arzobispo sevillano y cardenal Rodrigo de Castro, rector de la diócesis hispalense desde 1582 a 1600. Rodrigo de Castro fue sin duda el gran mecenas de los músicos españoles de la época, y según Stevenson "se interesó más activamente por el bienestar de los músicos que ningún otro prelado español de su época". A él dedicó el célebre Salinas su obra *De musica libri septem* en 1577, y Guerrero también le dedicó sus *Canciones y villanescas espirituales* en 1589, además de nuestro *Viaje de Jerusalem*.

Pero no todo fueron luces en la vida de Guerrero. Por deudas contraídas en la edición y publicación de sus obras, en agosto de 1591 se dicta un auto de prisión contra él, y conoce la cárcel de Sevilla. El cabildo sevillano, en atención a los servicios prestados por Guerrero, accede a pagar sus deudas con lo que se le permite abandonar la cárcel. Sufrió las epidemias que azotaron periódicamente la Sevilla de finales de siglo, y una de esas pestes, la del verano de 1599, acabaría con su vida el 8 de noviembre de 1599. Su tumba se halla en la Capilla de Nuestra Señora de la Antigua, junto a la de su compañero el organista Francisco de Peraza.

Según Pacheco, "fue hombre de gran entendimiento, de escogida voz de contralto, afable y sufrido con los músicos, de grave y venerable aspecto, de linda plática y discurso; y sobre todo, de mucha caridad con los pobres (de que hizo extraordinarias demostraciones, que por no alargarnos dejo), dándoles sus vestidos y zapatos hasta quedarse descalzo. Fue el más único de su tiempo en el arte de la música y escribió de ella tanto que considerados los años que vivió y las obras que compuso, se hallan muchos pliegos cada día y esto en los de mano. Su música es de excelente sonido y agradable trabazón".

Muchas de sus composiciones no se hallaban impresas, y ante la insistencia de sus amigos, y porque no se perdiera la fidelidad de su compostura, accedió Guerrero en su vejez a publicarlas con la condición previa de que fueran tornadas a lo divino aquellas que en su origen tuvieran un texto profano. Un gran número de personajes del mundo de las artes lo mencionan para destacar





su maestría, como es el caso de Giosefo Zarlino -gran teórico de la polifonía-, Mosquera de Figueroa -autor del prólogo de las Canciones y villanescas espirituales-, Fuenllana -que incluye nueve obras de Guerrero en su Orphenica lyra (1554)-, Esteban de Daza -que incluye cuatro en El Parnaso (1576)-, e incluso escritores como Rabelais, Lope de Vega, Góngora, o Vicente Espinel, de quien recuperamos unos versos de "La casa de la memoria":

Fue Francisco Guerrero, en cuya suma
De artificio y gallardo contrapunto
Con los despojos de la eterna pluma,
Y el general supuesto todo junto,
No se sabe que en cuanto al tiempo suma
Ningún otro llegase al mismo punto,
Que si en la ciencia es más que todo diestro,
Es tan gran cantor como maestro.





Estudio

"En torno al *Viaje de Jerusalén* de Francisco Guerrero".*

Julio ALONSO ASENJO

Universitat de València

Introducción.

El estudio de la producción bibliográfica de las prensas valencianas de los Siglos de Oro me regaló una obra desconocida: la *Breve descripción de Jerusalén y lugares circunvecinos* de Cristiano Adricomio Delfo, traducida por el dominico valenciano Fray Vincente [o Vicente] Gómez, editada por Roque Sonzonio e impresa por Juan Crisóstomo Gárriz, junto al Molino de la Rovella, en 1603, obra que, para mi sorpresa, llevaba a la postre añadido el breve relato del *Viaje de Jerusalén* de Francisco Guerrero. La obra en su conjunto despertó mi curiosidad, ya que mis estudios habían tenido estrecha relación con esos parajes, que recorrí hace ya treinta años. La celebración de unas jornadas sobre *Literatura de viajes en el mundo románico* me animó a recobrar añejos recuerdos y vivencias. Se lo merecía la obra descubierta y, por otra parte, su estudio, siquiera inicial, venía de perlas como celebración del IV Centenario de la muerte de F. Guerrero. De este modo nos sumábamos con provecho (y así fue ya cuando en el decurso de la ponencia escuchamos varias piezas del compositor sevillano) y desde nuestra propia especialidad, a los homenajes que





en la efemérides se han dedicado a un excelso músico que supo unir emoción y arte de la palabra.

1. *Francisco Guerrero, músico.*

Francisco Guerrero, de familia acomodada, nació en Sevilla, en 1528, y murió de peste en la misma ciudad el 8 de noviembre de 1599. Es uno de los compositores que integran la tríada estelar de la música polifónica española de los Siglos de Oro, con Cristóbal de Morales (*ca.* 1500-1553) y Tomás Luis de Victoria (*ca.* 1548-1611), como reflejan los versos del esdrújulo B. Cairasco de Figueroa:

Y de aquel tiempo moderno
aquel hispano terno
de Morales, Guerrero y de Victoria,
que parece en su vuelo
que aprendieron música del cielo.

Aunque no está probado que fuera niño cantor de la Catedral de Sevilla bajo el M^o. Pedro Fernández de Castilleja, a sus 14 años (1542) Guerrero era cantor contratado de la Catedral de Sevilla. Fue discípulo, en primer lugar, de Pedro Guerrero, su hermano, autor de motetes y madrigales, y de C. de Morales, quien lo "encaminó en la compostura de la música bastante para poder pretender cualquier magisterio". Genio de la música, tañía varios instrumentos. Con 18 años fue Maestro de Capilla por oposición y desde los 27 años Maestro de Capilla y Maestro del Coro de la Catedral de Sevilla, la institución musical de más prestigio de toda la Península Ibérica y con más músicos de gran valía en su entorno. En esta ciudad vivió durante la mayor parte de su vida en un ambiente musical de gran importancia, relacionado con los grandes vihuelistas y polifonistas, así como participante de los cenáculos o academias interdisciplinarias de su ciudad, como la de Mal Lara (de la que formaba parte F. Pacheco, a quien debemos el retrato del músico), o la del marqués de Tarifa, a la que pertenecieron poetas como Gutierre de Cetina o





Baltasar del Alcázar, de quienes F. Guerrero tomó textos poéticos para composiciones suyas. Tarea de un Maestro de Capilla de Sevilla era formar musicalmente a los seises o niños cantores de la Catedral, buscando buenas voces y, examinados doquiera estuvieran, escogerlos personalmente para que desarrollasen sus funciones de tiple, alto, tenor y bajo. Era maestro del coro, de la capilla de música, de los ministriles (músicos de instrumentos de viento) y de los organistas, debiendo enseñar órgano, contrapunto y canto llano. Viajaba a menudo, sea para reclutar voces, presidir oposiciones o para allegar fondos con que costear sus ediciones de música. Con este fin visitó a personalidades regias en Yuste, Madrid y Lisboa. Al frente de la Capilla de la Catedral Hispalense, acompañó al arzobispo de Sevilla al recibimiento en Santander de D^a. Ana, esposa de Felipe II. Viajó a Venecia y Roma para la edición de sus obras, que, caso bastante insólito entre los polifonistas españoles, fueron impresas aún él vivo. Es más, el impago (en Roma) de deudas contraídas por gastos de impresión hizo que se dictara contra él auto de prisión, que lo llevó a la cárcel en Sevilla en 1591, de la que finalmente lo libró el abono de la deuda por el Cabildo sevillano. No le bastaron, pues, para vivir sin dificultades económicas ni siquiera las buenas relaciones con reyes y papas, a quienes dedicó composiciones o colecciones de obras musicales, pues su producción musical fue muy extensa y quiso difundirla (y eso exigía grandes inversiones) y asegurar su disfrute a las generaciones futuras. Por dar sólo una muestra, conservamos de él casi una veintena de misas de 4 a 9 voces (París, 1566; 1582, 1584). Guerrero fue muy estimado de sus contemporáneos y elogiado tras su muerte. Todos sus biógrafos ponderan sus singulares cualidades para el arte musical, sus virtudes humanas y sacerdotales. Como profesional de la música, probablemente el máximo elogio lo recibe del literato a la vez que músico Vicente Espinel, quien, en sus *Diversas Rimas* (Madrid, 1591), inicia la visita de los aposentos de la música con un encendido elogio:

Fue Francisco Guerrero, en cuya suma
de artificio y gallardo contrapunto
con los despojos de la eterna pluma





y el general supuesto todo junto,
no se sabe que, en cuanto al tiempo suma,
ninguno llegase al mismo punto,
que, si en la ciencia es más que todo diestro,
es tan grande cantor como maestro.

Según F. Pacheco, F. Guerrero:

Fue el más único de su tiempo en el arte de la música y escribió de ella tanto que, considerados los años que vivió y las obras que compuso, se hallan muchos pliegos cada día, y esto en los de mano. Su música es de excelente sonido y agradable trabazón. (...) Fue hombre de gran entendimiento, de escogida voz de contralto, afable y sufrido con los músicos, de grave y venerable aspecto, de linda plática y discurso y, sobre todo, de mucha caridad con los pobres (de que hizo extraordinarias demostraciones que, por no alargarnos, dejo), dándoles sus vestidos y zapatos hasta quedarse descalzo. (...) Hizo memoria de él el famoso Josefo Zarlino (...), que no es la menor de sus grandezas que el hombre más eminente que se ha conocido hasta hoy en la Música y otras Artes estimase tanto a nuestro valiente español. Por sus abundantes composiciones a la Virgen María, en las que logra expresar los matices más sublimes, Guerrero fue el cantor mariano por antonomasia, pese a tener contrincantes tan extraordinarios para la posesión de este título como C. de Morales y T. L. de Victoria . Como buen renacentista, Guerrero se sintió atraído desde muy joven por la utilización de las estructuras musicales que otorgaban mayor libertad al artista en la expresión de su sentimiento, fuera del férreo esquema de misas, himnos, *magníficats*, oficios. De ahí el intenso cultivo de los motetes (*motecta* o *sacræ cantiones*), breves piezas que permitían un ligero apoyo en textos sacros o tradicionales y también ejercicios de originalidad en la composición, y que podían insertarse *ad libitum* en varios momentos de la liturgia, incluso en los más solemnes, para mayor lucimiento del compositor. De Guerrero conservamos no menos de 112 de estas composiciones, que son sólo la parte más escogida de ellas. Por otra parte, el género que resumía las nuevas





tendencias artístico-literarias (en cierto modo variante profana del motete), nacido en Italia en las primeras décadas del XVI en relación con la ed. del *Canzoniere* de Petrarca por P. Bembo, era el madrigal. La letra suelen ser versos de 7 y 11 sílabas y el tema amoroso, aunque también se transponen impresiones de la naturaleza, y todo ello puede volverse a lo divino. En estas composiciones el nuevo arte y la maestría técnica llevaban a una unión particularmente estrecha entre palabra y música, que teorizaría Zarlino. La música debe expresar todo lo que la letra porta en fondo y forma. F. Guerrero, amigo-admirador del veneciano creció ya en este ambiente y en la composición de madrigales, que llamaría *canciones*, uno de los dos grande bloques de composiciones con texto romance. En este bloque y denominación caben igualmente las composiciones poéticas a las que Guerrero (como otros compositores contemporáneos suyos) dotó de expresión musical. Ésta fue su primera dedicación o una de las primeras, siendo muy joven. A ella se refiere el también poeta Cristóbal Mosquera de Figueroa:

Fue Guerrero de los primeros que en nuestra nación dieron en concordar con la música el ritmo y el espíritu de la poesía, con ligereza / tardanza, rigor / blandura, estruendo / silencio, dulzura / aspereza, alteración / sosiego, aplicando al vivo con las figuras del canto la misma significación de la letra, como lo sentirá el que quisiere en sus obras advertirlo.

Otro bloque de composiciones con texto romance son los villancicos religiosos (de los escasos conservados de la segunda parte del siglo XVI), que Guerrero, en su *Viaje de Jerusalén* llama "chanzonetas", así como, por aproximación a composiciones llamadas en Italia *villanelle*, las "villanescas". Villancicos y chanzonetas eran composiciones efímeras que cantaban los seises en las más importantes festividades, o en acontecimientos de especial celebración, señalados con procesión del cabildo sevillano. Véanse estas dos muestras:





Oíd, oíd una cosa
divina, graciosa y bella:
El que crió la doncella
generosa
esta noche nació della.
Oíd qué dichosa nueva,
qué hecho regocijado:
hoy parió la Eva nueva
al hijo de Dios amado.
Sentid, sentid con cuydado
aquesta hazaña bella:
El que crió la doncella, etc.

Vamos al portal
que vengo espantado
de ver un zagal,
cuya vista es tal,
que da luz al soto
y al valle y al prado.
En el alta cumbre
me subí por ver
de qué pudo ser
tan divina lumbre.

Las villanescas vienen a ser madrigales de carácter más popularista, como aproximación a modos de expresión pastoriles. De ellas puede ser muestra la que sigue:

Prado verde y florido,
fuente clara,
alegres arboredas y sombrías,
pues veis las penas más
cada hora,
contadlas blandamente
a mi pastora,
que, si conmigo es dura,
quizá la ablandará vuestra frescura.

El fresco y manso viento
nos alegra,
prestadle mis suspiros y bramados,
[vos, ojos] abañados
hasta ahora,
pedid vuestro remedio
a mi pastora,
que, si conmigo es dura,
quizá la ablandará vuestra frescura.

Se hicieron tan populares las villanescas de Guerrero que andaban de mano en mano, deformándose ("se iba con el tiempo perdiendo la fidelidad de su compostura" - Mosquera de Figueroa); así que muchos rogaron al autor que las publicara. Lo hizo hacia el fin de sus días, pero, dada su condición social - presbítero-, las revisó y editó volviéndolas *a lo divino*, si no se trataba de





composiciones morales. Así *Canciones y Villanescas* publicada en Venecia en 1589, fue una de las últimas colecciones en publicarse, cuando había sido la primera en componerse (Ruiz Jiménez, 10s). Precisamente es la que se estampó mientras él realizaba el *Viaje de Jerusalén*. Mostró Guerrero un perfecto manejo de todas las técnicas contrapuntísticas y compositivas de su época, y por su "gran dulzura y sensibilidad", su "edulcorada sensibilidad", en contraste con el estilo patético de C. de Morales, se le llamó "el dulce". Otros estudiosos destacan en la música de Guerrero su "misticismo ingenuo y lírico", la "docta calidad" de su polifonía, los "deliciosos villancicos navideños que conservan el espíritu ingenuo de la fe popular" y un "candor expositivo". En cualquier caso y tras su etapa juvenil, Guerrero fue un compositor de piezas sacras, que en tiempos recios y opuestos a la utilización de la música polifónica en las ceremonias del culto católico, debido en parte a su profanidad, la defendió con firmeza, de palabra y con su buen hacer técnico-artístico e inspiración espiritual. Para ello, apartó sus composiciones de las "inflexiones más lascivas", siendo su objetivo confeso "excitar los piadosos ánimos a la digna contemplación de los misterios sagrados". Un madrigal a lo divino causó las delicias de Lope de Vega, que reproduce su letra:

Si tus penas no pruebo, oh Jesús mío,
vivo triste y penado.
Quiéreme, por el alma que te he dado,
que, si este don me hicieras,
¡ay, Dios, cómo veré lo que me quieres!

Como ya se ha dicho, lo mismo que Juan del Encina, otro gran músico que en 1519, a sus 50 años hizo una peregrinación a Jerusalén para allá celebrar su primera misa y de la que nos dejó testimonio en composiciones métricas como la titulada *Tribagia* ('camino santo'), F. Guerrero, cumpliendo un deseo acrecentado a lo largo de su vida, en 1588, a sus 60 años, *se atrevió* a realizar su viaje a Tierra Santa.

2. *Viaje a Jerusalén.*





2. 1. Idea y concepción del viaje.

F. Guerrero había vivido en su fantasía desde muy joven, con gran fuerza, las escenas del nacimiento de Jesús en Belén y en el ejercicio mismo de su profesión de Maestro de Capilla había recreado y plasmado su vivencia en excelente música. En este contexto se le impuso la idea de hacer un viaje a Tierra Santa:

Y, como tenemos los de este oficio por muy principal obligación componer chançonetas y Villancicos en loor del Sanctíssimo Nacimiento de Iesu Christo, nuestro Salvador y Dios, y de su santíssima Madre, la Virgen María, nuestra Señora, todas las vezes que me ocupaua en componer las dichas chançonetas y se nombraua Bethlehem se me acrescentaua el desseo de ver y celebrar en aquel sacratíssimo lugar estos cantares en compañía y memoria de los ángeles y pastores que allí començaron a darnos lección desta diuina fiesta. (Pról., A3 r).

Al hacer el viaje, lo que realmente quería era revivir esas sensaciones; asegurarse de que no eran engañosas y dar con el soporte real: ésa era la amarra de su fe, más allá de la predicación y de la palabra sagrada. En contacto con los lugares sacros revivirá los sentimientos que lo embargaban al ejercer su oficio de compositor: "... viage tan santo y gustoso: que yo les certifico que, quando lo ayan andado, no truequen *el contento de auerlo visto* por todos los tesoros del mundo" (p. 80: conclusión). El entusiasmo vivido en sus composiciones navideñas revivirá al encontrarse en la cueva de Belén. Basta oír cualquiera de sus composiciones navideñas, para entender lo profundo y real de su devoción, al mismo tiempo que su sensibilidad artística, con ella fundida y a ella encaminada. Así, pues, el viaje a Jerusalén de Guerrero será una peregrinación *ad loca sancta*. Pero la concepción del viaje de peregrinación había variado desde la Edad Media, al compás de nuevas sensibilidades, cualquiera que fuese la crítica realizada desde las corrientes erasmistas y reformistas, hacia la vivencia devota del católico de la Contrarreforma. El *viaje* de Guerrero será, por tanto, distinto de los viajes medievales a Tierra Santa. Ya no habrá ceremonia paralitúrgica alguna de entrada en la orden de peregrinos; ni el viajero llevará un atuendo específico con la cruz, insignia del peregrino (C. Domínguez, 104-





108). Más bien dirá Guerrero en su *Relación* que, en contra de los usos de entonces de viajar con la mejor indumentaria, para mostrar la categoría social del viajero, que lo que conviene, en prevención de los asaltos y robos, es llevar poca ropa. Tampoco encontramos en el relato ninguna relación explícita con la concepción cristiana de la vida como viaje; ni con la invitación de Jesús de Nazareth a seguirle "tomando la cruz", embarcándose por una vía dolorosa y asumiendo como el Maestro el riesgo de perder la vida, pues que a ella se renunciaba en la ceremonia de iniciación de la peregrinación. El viaje de Guerrero tampoco respondía ya a fines penitenciales o expiatorios, o al cumplimiento de una promesa. Lo excluye explícitamente: "propuse (*aunque no hize voto*) de que, si Dios me daua vida más larga que a ellos [sus padres], de hazer este santo viaje" (Pról. al lector).

El viaje de Guerrero será una peregrinación devota. La devoción, raíz del viaje, preside su realización y su relato. "Devoción" es término que se repite continuamente a lo largo de su relato:

... es lugar de gran deuoción .No se puede dezir la grande deuoción que aquí se halla, considerando que todo lo que en el Evangelio dezimos, se obró en aquél santíssimo lugar. Esta estancia del sacro monte Caluario es tan agradable y deuota para el alma y cuerpo, que no cansa estar en ella, que parece que estamos en el parayso.

La misma se expresa también de otras maneras:

nos apeamos besando muchas vezes la tierra, dando muchos loores a Dios y mil suspiros deuotísimos, dando cada uno su deuoción a la santa ciudad, reyterando muchas vezes: Vrbs beata Hierusalem; la muy dichosa y desseada ciudad e yglesia de Bethleem; vn pedazo de peñasco tan dichoso que gozó (si se puede dezir) del resplandor y gloria del Dios humanado; la santa Ciudad (passim); ... llegamos antes del medio día al bendito Río Jordán, que, aunque no fue por esta parte el bautismo de Christo, por ser el mismo río, fue grande el alegría y deuoción que nos dio su vista. Apeámonos todos (...) y llegamos con grande ansia al agua, y beuiendo quanta se pudo beuer, y lauándonos las





cabeças y rostro y manos, parecía que desseáuamos convertirnos en peces, por no salir de aquella bendita agua);...este bendito Río.

Además, en F. Guerrero asistimos a una visión individual y personal. La preocupación más urgente e inmediata es el mejor aprovechamiento de la coyuntura óptima para la realización del viaje: naves prestas, buen tiempo, conciertos y contratos económicos ajustados con armadores y capitanes de la nave en cuanto a precios del pasaje, régimen de comida y bebida, itinerarios más rápidos, seguros y ventajosos. Si Guerrero va en grupo o comitiva (y siempre acompañado por un discípulo suyo), es para mayor seguridad y mejor rendimiento del tiempo del viaje. Pero la peregrinación responde a deseos y planteamientos personales.

Para nada se alude en su relato a una posible Cruzada para recobrar la Tierra Santa, como era el caso de la *Tribagia* de Encina y del *Viaje* del Marqués de Tarifa. Guerrero, si acaso, razona la posibilidad de recuperar el reino de Chipre, recién perdido por Venecia (en 1570-71), en un momento en que el Sultán de Constantinopla estaba embarcado en una guerra contra Persia (que lo hacía vulnerable en Occidente). Pero Guerrero es realista: nunca se ha visto que los Turcos cedan un palmo del territorio conquistado: "ya tenemos experiencia que lo que estos bárbaros vna vez conquistan, tarde lo pierden": con lo cual se cierra el horizonte de tan quimérica posibilidad. Asistimos también a una secularización del viaje, aunque nunca se convierte en una jira (o gira) turística, ni, por supuesto en algo criticable, como era toda peregrinación para el autor del ficticio *Viaje de Turquía* (1980, 119-121), para quien cualquier peregrinación no acarrea sino perjuicios o, como en el caso de Juan De-voto-a-Dios, es la ocasión para enriquecerse a costa de la peregrinación y los peregrinos, sea relatando un viaje a Tierra Santa nunca hecho, o erigiendo hospitales de peregrinos, de una magnificencia falsamente votiva, que sirven de tapadera de la explotación; la peregrinación en sí puede ser el medio para hacer el agosto, como es el caso de los supuestos *tudescos* entre los que se camufla Ricote en *Quij II*, 54, 1068ss. El autor del *Viaje de Turquía* opone el viaje espiritual al viaje real.





El primero debe estar motivado por el estudio de la Sagrada Escritura o por una conversión interior, que transforme en una nueva persona al peregrino, como ha sucedido a Pedro de Urdemalas.

En plena Contrarreforma las coordenadas han cambiado. Guerrero no opone viaje real o material a viaje espiritual o interior: el viaje real, el contacto con la realidad a través de los sentidos (ver, tocar, oler, gustar...) conmoverá al peregrino, hará brotar sentimientos y emociones que lo reafirman en una fe unida a la sensibilidad y al obrar: obras de devoción. Para la piedad emocional que ahora se vive, el roce con los lugares sagrados, con los objetos relacionados con los santos, especialmente con Jesucristo en su vida humana y con María, su madre, y con los Santos (Jerónimo en Belén) y personajes bíblicos (Jonás en Jafa; David pero también Esteban y Santiago, y Joaquín y Ana en Jerusalén; Lázaro y Marta en Betania, la Magdalena aquí y en su pueblo en ruinas junto al mar de Galilea...) es muestra de fe y ahondamiento y enriquecimiento de la vida religiosa. Este contacto físico que mueve fantasía y emociones es paralelo de las experiencias espirituales que los reformados experimentan en su contacto con la Escritura, que comunica gracia y seguridad de elección divina y salvación personal.

2. 2. La realización del viaje.

F. Guerrero veía su deseo de viajar a Belén como un sueño imposible: "Y aunque esta pretensión era cosa tan grande que me parecía estar muy lejos de conseguirla, por muchos inconvenientes que aún (especialmente el de mis padres)..." (Pról., A3). Pero el deseo era tan fuerte que, apenas se le presentó la ocasión, ya desaparecidos sus padres, no tuvo la menor duda en ponerlo en práctica. Las circunstancias fueron éstas: el gran músico acompañaba a su arzobispo, D. Rodrigo de Castro, gran mecenas de músicos españoles, en su viaje a Roma, llamado por el papa Sixto V. Pero, prolongándose la estancia del Cardenal en la Corte de Madrid por los calores del verano, Guerrero solicitó de su Superior *acercarse* a Venecia a encargar la stampa de unas obras suyas. Obtenida la autorización y "el ayuda que fue menester para la jornada", salió





Guerrero de Madrid hacia Cartagena, y de aquí a Génova, al arrimo de las galeras del gran Duque de Florencia. De Génova se trasladó por tierra a Venecia. Apenas llegado, conociendo que la impresión de sus obras llevaría unos meses, concertada y dejada al cuidado de su amigo Josepo Zarlino, aprovechando la temporada favorable, decidió y emprendió su ansiado viaje a Jerusalén, entre el 14 de agosto de 1588 y el 19 de enero de 1589.

3. El "*Viaje de Jerusalén*" como relato.

3. 1. El libro de viajes, género multiforme.

El libro de viajes (tomado el concepto en su sentido más lato) siempre tuvo gran atractivo sobre estudiosos, lectores u oidores desde la Antigüedad clásica y civilizaciones precedentes (C. Domínguez, p. 18s). Como sucederá de nuevo entre los humanistas, era uno de los baluartes de la enseñanza de la geografía. Los humanistas se mostraron muy aficionados a la lectura de los libros de *mirabilia* y tuvieron gran curiosidad por los relatos de exploraciones, como lo demuestra el interés por los descubrimientos en Indias de L. Marineo Sículo, H. Pérez de Oliva y otros.

El *relato de viajes* es un género que responde a múltiple y variada demanda: de aventureros, mercaderes, misioneros, embajadores, peregrinos... Es, pues, necesariamente un género multiforme y fronterizo, ya que puede englobar geografías, corografías, descripciones de ciudades, elementos de historia, itinerarios, relatos de viajeros, con la oferta de aventuras e información biográfica, artística, etológica que acarrear. Concita, por tanto, multitud de intereses y asegura el éxito editorial por la amplitud del público a que suele ir destinado. Concretamente el *Viaje de Jerusalén* de Guerrero, relato de peregrinación, abarca, además, otro tipo de la literatura de viajes: la guía del peregrino. Y es, en concreto, entre gran variedad de relatos de peregrinaciones a





santuarios y lugares santos, un *relato de peregrinación* y *guía del peregrino* a Tierra Santa, característico de la cultura occidental.

3. 2. Viajes a Tierra Santa.

Desde los primeros tiempos del Cristianismo (a imitación de su fundador y siguiendo su propuesta), los cristianos sintieron el deseo de realizar peregrinaciones y la necesidad u obligación de dar cuenta de ellas: ahí están, desde época muy temprana, el *Iter Burdigalense* (330) y la *Peregrinatio Egeriæ* (ca. 380). Los libros de viajes, también los de viajes a Jerusalén o Tierra Santa, como la anécdota que les dio origen, pueden deberse a la curiosidad: "Si buscas curiosidades, no pases adelante...", dice A. del Castillo a su lector en su *Viage de Tierra Santa* (Herrero Massari, 99). Pero, normalmente, su recepción arranca de otros presupuestos. Si se consideraba una gran merced y regalo incomensurable poder visitar los Santos Lugares, también era causa de gran regocijo su evocación por escrito, para dulce memoria propia y contento o beneficio (o ambas cosas) del lector del relato:

Hay que entender la fuerza del efecto que en el lector devoto causaban, por ejemplo, las evocaciones de la llegada ante los muros de la ciudad de Jerusalén. Ciudad mítica por excelencia, a ella habían dirigido sus pasos innúmeros peregrinos reales o imaginarios casi desde los albores del Cristianismo, construyendo a su alrededor la fama de [una fascinación] singular. Escuchar o leer tales relatos era práctica que al lector u oidor del Siglo de Oro le resultaba sucedáneo casi real de la experiencia vivida. Y la peregrinación a Tierra Santa, que aún concitaba en el siglo XVI el interés de los devotos deseosos de ver cosas y satisfacía la sed de aventuras y de historias peregrinas de viajeros y lectores, no sólo seguía siendo una de las experiencias más ambicionada del hombre occidental, sino también de las más dignas de ser contadas.

...este viage tan santo y gustoso: que yo les certifico que, quando lo ayan andado, no truequen el contento de auerlo visto por todos los tesoros del mundo. Aviendo (por la misericordia de Dios) ydo y venido a la Santa ciudad de Ierusalem y visitado lo que en





ella ay, y lo demás de la Tierra Santa, como adelante se dirá, muchos curiosos y deuotos me han persuadido a que escriuiesse este tan santo viage (...). Y yo, por condescender a sus desseos y por el gusto que tengo de la dulce memoria de auerlo andado, no me será pesado hazer una breue relación de todo lo que he visto (Guerrero, Inicio del Prólogo, A2 r).

3. 3. La configuración del *Viaje de Jerusalén* de Francisco Guerrero.

Para determinar si en la aceptación de un relato influyó su condición literaria, habrá que precisar, en primer lugar, el concepto de "literariedad". Esto, en el momento actual de la crítica literaria, deberá llevarse a cabo adoptando un punto de vista histórico, como hace Herrero Massari: una obra literaria será la que en estrecha dependencia con su momento histórico se entendía como tal. Pero también debe caber en el horizonte de expectativas del lector actual. En segundo lugar, deben examinarse las características o rasgos del género (y su relación con otros) y si se dan logradas en una obra determinada. En tercer lugar, tener en cuenta la historia editorial y la relación de la obra con los lectores. Y no olvidar el grado de ficcionalización o realismo y los primores de su prosa o estilo.

Verdad, provecho del relato. Dos valores supremos se buscaban a la literatura en el siglo XVI. El provecho y la verdad; mejor, el provecho que deriva de la verdad, o, al menos, de la verosimilitud. Faltando esto, se podían dar libros de entretenimiento, cada vez más solicitados a partir del desarrollo de la imprenta y de la aparición de un nuevo grupo de lectores: los no cultos. Pero el producto que satisface esta demanda sólo pasará de un "género editorial" (libros de gran éxito) aceptable a ser valorado positivamente por quienes establecen la jerarquía de géneros, cuando confluyan los otros valores mencionados; y aun así no se estimará literatura de primera la que, de acuerdo con el género a que pertenezca, carezca de incitación a un comportamiento ético, la reflexión crítica sobre la realidad, el provecho del conocimiento o los valores de la experiencia religiosa.





Apliquemos estos principios al *Viaje de Jerusalén* de F. Guerrero. En primer lugar, F. Guerrero relató su experiencia, impresa por vez primera probablemente en Sevilla como *Viage de Hierusalem* (Juan de León, 1592), a solicitud de "muchos curiosos y devotos", según exigencia generalizada del género:

Cualquier peregrinación auténtica es una *experiencia*, no un *mensaje*. Aquéllos que completan la jornada y obtienen la merced buscada pueden llegar a sentirse forzados a ayudar a otros peregrinos en sus viajes. Se comprometen entonces a poner por escrito sus experiencias como una suerte de guía o recuento de sus logros, o como prueba del beneficio espiritual del viaje. Y hay siempre, pese al esfuerzo de evitar la vanidad, un toque de autosatisfacción, incluso en el más humilde y anónimo relato.

En efecto, no era Guerrero el único que visitaba Tierra Santa, "que todos los años van y vienen de Jerusalén más de dozientos peregrinos" (Juan Ceverio de Vera, 1597; en Herrero Massari, 100). Es normal que así fuera, como anhelo o de hecho, cuando por la prohibición de traducir la Biblia al romance tanto por edictos y requisas Inquisitoriales como por decretos tridentinos, estaba vedada la lectura de las Sagradas Escrituras. También, cuando se estaba desarrollando, en plena Contrarreforma, una espiritualidad basada en la emoción y el sentimiento. En este marco, tanto el viaje como la vivencia de él a partir de los relatos de los peregrinos encuentran adecuada justificación. Si era posible (sobre todo si se tenían *posibles*), había que hacer el viaje. A veces el miedo a los múltiples peligros del viaje paralizaba la decisión.

Al libro de viajes, ya avanzado el siglo XVI, más que *maravillas* (novedad de lo descubierto) se le pedía relatos de afanes, penalidades, victorias y fracasos del protagonista. F. Guerrero, como sus contemporáneos, sabe que todo viaje supone incomodidades y penalidades, incluso para los ricos. Por eso Carlos V en su abdicación recuenta uno por uno los viajes realizados recorriendo su amplio Imperio: gran mérito. Son desplazamientos siempre lentos y de larga duración, con peligro de secuestros y cautiverios, naufragios, robos e incluso de





muerte. De ahí que se asocien con *trabajos* y que se desarrolle en esta época la novela bizantina. El término aparece incluso en el título de alguno de esos relatos, como el de Cervantes: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. La visión del peligro de un viaje en tiempos antiguos podía llegar a extremos inconcebibles para nosotros. Se estimaba que una peregrinación podía convertirse incluso en ocasión de pecado, pues podía llevar a maldiciones y arrepentimientos a causa de sus excesivas penalidades. Por eso Guerrero con su relato comunica ánimo e información a los futuros peregrinos. Aunque, como no podía ser menos y en aras de una información veraz y útil, Guerrero hace una extensa reseña de peligros y dificultades: comidas y extorsiones; latrocinios y exacciones por bandidos que viven de eso; inquina de turcos contra españoles, aunque el peligro máximo, paradójicamente, él lo sufre en el Golfo de León (o puede acechar junto al golfo de Rosas), ya sea a manos de organizaciones de saqueadores del Languedoc o de los corsarios turco-berberiscos: "Digo ciertamente que, con auer andado entre turcos y moros y alárabes, no tubimos pesadumbre ni peligro sino en Francia".

Ay de Seuilla hasta Ierusalem mil y quatrocientas leguas de ida y, por la vuelta que hize por la ciudad de Damasco, hallo que de yda y buelta son tres mil leguas. Es fácil andarlas, que, pues yo las anduue siendo de sesenta años, no sé por qué los moços rezios y que tienen posibilidad emperezan de hazer este viage tan santo y gustoso: que yo les certifico que, quando lo ayan andado, no truequen el contento de auerlo visto por todos los tesoros del mundo.

Por lo mismo, también, tiende a relativizar y minimizar los peligros de un viaje por él durante tantos años no menos deseado que temido (no fueran a quedarse sus padres sin su ayuda). Insistirá por tanto en la normalidad del viaje y en la ausencia de grandes *riesgos*, siempre que se sea y se esté "avisado".

Aviendo (por la misericordia de Dios) ydo y venido a la Santa ciudad de Ierusalem y visitado lo que en ella ay, y lo demás de la Tierra Santa, como adelante se dirá, muchos curiosos y deuotos me han persuadido a que escriuiesse este tan santo viage, para encender sus ánimos a procurar hazer el





mismo camino y ser informados de lo que para ello es menester. Y yo, por condescender a sus desseos y por el gusto que tengo de la dulce memoria de auerlo andado, no me será pesado hazer una breue relación de todo lo que he visto (Inicio del Prólogo, A2 r).

Pero cuando, pese a todo, no se podía realizar el viaje, siempre estaba el sucedáneo del relato de otros. Lo sabemos por el testimonio crítico del *Viaje de Turquía*: Juan De-voto-a-Dios se ganaba la vida, entre otras trampas, con el relato de un supuesto viaje a Tierra Santa (c. III, p. 125-127). Y así lo expresa en 1597 Juan Ceverio de Vera, otro peregrino y relator de su experiencia viajera a Tierra Santa, contemporáneo de Guerrero:

... al verdadero christiano, aunque codicioso de enriquecer su alma en los muy ricos mineros de los lugares santos (...) el temor que del peligroso viage tiene resfría su devoción, siendo tan freqüentado y seguro (...) Pues, desseando yo que mi nación española goce destas divinas y verdaderas riquezas espirituales (...), quise servirle con este copioso viage, para que, sabiendo su seguridad, pierdan el temor.

Así, pues, la descripción de los lugares, testigos elocuentes de los hechos de la *historia sagrada*, se convertía en necesario sucedáneo de la lectura directa de esa historia sagrada. También otro peregrino, Antonio de Aranda, que dedica el relato de su experiencia a unas monjas, insiste en este aspecto. Escribe su relato para comunicar "con este medio de la escriptura", "la merced a mí en particular hecha". Es decir, estamos ante libros de provecho: de máximo provecho espiritual, como sucedáneos de la peregrinación misma, concebida como experiencia fundamental del cristiano.

La respuesta del lector. De esta manera, el conjunto de estos posibles peregrinos y reales lectores y oidores era suficiente para mantener durante años una demanda constante que agotara unas tiradas de 1500 a 2000 ejemplares cada 4 ó 5 años. Lo que explica el elevado número de obras de este género escritas en España en estos siglos y el crecido número de sus ediciones. Especialmente de





una de las preferidas, el *Viaje de Jerusalén* de F. Guerrero, que tuvo, además de la príncipe de Sevilla, dos ediciones en Valencia: la de 1593, por los Herederos de Juan Navarro, y otra varios años después, en 1603, en las mismas prensas del Molino de la Rovella, ahora llevadas por Juan Crisóstomo Gárriz. Salió esta edición del *Viaje* como apéndice o complemento de una obra de más altos vuelos, que la duplica en páginas y la supera en el aprecio de personas de mayor dignidad y relevancia social: la *Breve descripción de la Ciudad de Jerusalem y lugares circunvecinos* del holandés de la ciudad de Delft (por eso llamado "Delpho"), Cristiano Cruz Adricómico o Adricomio, traducida por Fr. Vincente Gómez (Valencia, ca. 1565-17, abril, 1638), doctor, Maestro en Teología y profesor de Teología que fue del *Estudi General* o Universidad de su ciudad natal, dedicada al Arzobispo de Valencia y Patriarca de Antioquía, y en aquel momento Virrey y Capitán General del Reino de Valencia, don Juan de Ribera. Así, en la portada de la edición de esta obra se lee: " Va añadido a la postre el *Viage de Ierusalem* que hizo Francisco Guerrero, para que el curioso vea la grande diferencia que ay en esta ciudad, de aquel tiempo al de aora.". En conjunto, del *Viaje de Jerusalén* de F. Guerrero he podido registrar en España no sólo 20, sino al menos 22 ediciones en los siglos XVI y XVII, cuatro más en el s. XVIII, más dos portuguesas y dos en el s. XIX . Dos de estas eds., la de Gárriz de 1603 y la última antigua, de 1799, con la *Breve descripción de Jerusalén...* de C. Adrichem Van Delft; las restantes, sueltas. Si queremos calibrar este éxito, hemos de tener en cuenta que el *Quijote* en conjunto no tuvo más de 19 eds. hasta fines del siglo XVII y que por las 20 ediciones andan tanto el *Amadís* como la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro y *La Arcadia* de Lope de Vega. Pero allí hay que añadir nada menos que *cien* a las "nueve" atribuidas a la *Celestina*, y recordar también las más de 40 de las *Guerras Civiles de Granada*, las 32 de la *Diana* de Montemayor, las más de 23 de Garcilaso (y Boscán), del *Lazarillo* y de *La Araucana*.

Veremos luego la estructura del relato del *Viaje de Jerusalén* de F. Guerrero. Pero ya el formato mismo responde a los objetivos que se había planteado: animar a hacer el viaje y ayudar al peregrino en su realización. Las ediciones del *Viaje* de





F. Guerrero se hicieron en 8º (una incluso en 12º), para que fueran manejables, y constan de poco más de 80 páginas. La extensión del relato permitía este formato, sin que pesara ni apenas abultara. Por otra parte, las ediciones valencianas, aparecen no en la reputada imprenta de humanistas y cultos (la de Mey-Huete), sino en la comercial imprenta sita "Junto al Molino de Rovella", que responde a un público de lectores mucho más amplio. El *Viaje de Jerusalén* de Guerrero, así plasmado, resultó muy apreciado por su utilidad, a la vista de su extraordinaria acogida. Pero, para explicar este éxito, tendremos que tener en cuenta también los otros factores. El primero, que se trata de un libro religioso o de provecho espiritual, que es el mayoritariamente demandado y producido por la sociedad española de los Siglos de Oro. Así se ha dicho con razón: "*Despite the success of a limited number of imaginative works, Golden-Age printing in Spain is dominated by prose non-fiction, by devotional, moralizing and historical works.*" Y lo prueban en efecto los mayores éxitos editoriales en España, que, sin olvidar los señalados antes, son obras devotas y provechosas.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que reúne, además, una serie de rasgos que favorecen su acogida: es un relato de viajes, más concretamente, un relato de peregrinación a Tierra Santa y, además, particularmente bien planteado y escrito. El relato de Guerrero cumple el principal rasgo genérico del *libro de viajes*: es una narración autobiográfica de viaje, escrita una vez finalizado éste, con la intención de darlo a conocer a un destinatario colectivo. Con el uso de la primera persona, estos libros se integran en el subgénero de la autobiografía y, también, de esta manera, persiguen la identificación en el relato entre escritor y viajero. Tal sucede en el *Viaje* de Guerrero, desde su exposición de la idea del viaje y circunstancias de su realización en el "Prólogo al lector", a su organización: una voz filtra la explicación sobre la visita y transmite el sentimiento personal, pues punto de partida fue la devoción sentida y presentida y la posteriormente experimentada (reacciones emocionales frente a los santos lugares), que en el lector, por obra del relato se plasmará igualmente en viaje real o imaginario, o en lectura previa o lectura contemporánea del mismo. Logro del relato de Guerrero es la combinación equilibrada de





narración de la experiencia propia con información y avisos útiles para el futuro peregrino, con indicación de los lugares en el itinerario expuesto, su descripción y la historia a ellos referida.

Organización del relato. El relato de Guerrero está organizado de modo excelente. Su centro son, como en un relato de viajes que quiere ser también guías de peregrinos, las coordenadas del espacio(-tiempo). Ofrece un itinerario con datos prácticos de cómo y en cuánto tiempo llegar a la meta, por dónde y cuándo ir, qué peligros sortear, e indicaciones de qué cosas hay que visitar, cuándo, cómo y qué valor o utilidad tienen. Guerrero es ordenado y preciso al señalar las etapas del itinerario. Para un español (de su tiempo), el punto ideal de partida para Tierra Santa es Venecia. (Lo es especialmente para Guerrero, que aprovecha su estancia y vuelta a aquella ciudad para hacer imprimir una de sus obras en los cinco meses que duró su peregrinación). Se contarán los días de navegación por etapas. Se insistirá en la espera en Jafa para obtener los visados de entrada. Al tercer día, parten los peregrinos con un guía árabe hacia Jerusalén en jumentos. (De Jafa a Jerusalén hay 12 leguas; de Jafa a Rama, 4 leguas). Tras un nuevo descanso de tres días en Rama, llegan en uno más a Jerusalén. De Venecia a Limasol han transcurrido 27 días; de Venecia a Jafa 32 días. Entran en Jerusalén a 22 de setiembre, después de 37 días de viaje desde Venecia (habían salido el 14 de agosto). La estancia en Jerusalén fue de un mes.

De modo semejante se narra la vuelta. No convenía hacerla por Jafa, porque la costa no era segura al entrar ya el invierno. Resolvieron, pues, ir por tierra hasta Trípoli. Con guías indígenas ("moros"), salen de Jerusalén camino de Damasco (80 leguas), y aprovechan para visitar otros lugares santos que ese recorrido les brindaba: Sichar (Siquem), los "cuatro montes muy preciosos" de Galilea; alrededores del lago de Tiberíades. Alcanzan y atraviesan el Jordán, por un paraje cercano a unas lagunas llamadas "aguas Meronas", y de aquí suben a la meseta de Siria (Golán), camino de Damasco, en cuya descripción muestra su arte literario F. Guerrero:





El día que entramos en Damasco, y la tarde antes, vimos salir y entrar en la ciudad más de mil camellos con prouisión y otras cargas para la ciudad. Antes de llegar a esta ciudad quatro leguas la vimos. Descúbrese muy bien por ser muy torreada, assentada al pie del monte Lybano. Tiene una grandíssima vega donde se siembra en grande abundancia. Legua y media antes que entrássemos passamos muchas huertas y acequias y fuentes y mil frescuras. (...) En todas las calles ay por lo menos vna fuente. Es tan abundante de todo lo necessario, assí de cosas de comer como de mercaderías, sedas, brocados, lienços y telillas, que no ay más que buscar. Ay el mejor pan que yo jamás he comido y frutas quantas ay en el mundo, y una que se dice *musa* de muy buen sabor. Esta ciudad será de población poco más o menos que Seuilla. Las casas por defuera no son muy buenas, aunque ay muchas principales en lo de dentro. Ay (según nos dixeron) quatrocientas mezquitas, todas bien edificadas con sus fuentes a las puertas, donde se lauan para entrar a hazer su oración. En Damasco, quedan cinco días y, con nuevos guías, la comitiva de peregrinos y frailes emprende el camino hacia Trípoli, no por el Monte Líbano, que era el camino más recto, porque "auía muchos alárabes ladrones y estaua muy nevado", sino dando un rodeo, de modo que "llegaron como hasta veynte y cinco leguas a nuestro mar Mediterráneo. Ribera de la mar vimos mucho lugares, y entre ellos a Tiro y Sidón". Atraviesan Beirut y sus "muy frescas huertas". El relato describe rápidamente el paso por el montuoso territorio costero libanés con sus cristianos maronitas, sus "perdizes y caças" y abundantes torrentes. Llega a Trípoli después de haber recorrido 45 leguas (225 km.). Rápidamente da la situación de Trípoli y menciona su puerto de mercaderías "que es la escala de medio mundo", adonde llegan los viajeros y mercancías que vienen de China. De Trípoli, por mar, a Venecia, con paradas de descanso. Emplean 66 días y entran en Venecia el 19 de enero de 1589. Del día de la salida de Venecia (14 de agosto de 1588) a la vuelta habían transcurrido "cinco meses y cinco días".

Acabada la impresión de sus *Canciones y villanescas espirituales* por Giacomo Vincenti, F. Guerrero toma el camino de regreso a Sevilla, por Ferrara, Bolonia, Florencia, Pisa y Liorna [en italiano, Livorno], donde embarcan y navegan con





las galeras del Duque de Florencia hasta Marsella. Aquí fletan un bergantín a Barcelona. En este trayecto sufren por dos veces cautiverio y robos, hallándose Guerrero una vez a un paso de la muerte por disparo de un arcabuz que apuntaba contra su cara. Socorridos finalmente por el secretario de un señor católico, pariente del patrón del bergantín, previo pago de rescates, salen libres y con salvoconducto que los libre de otras naves piratas de idéntica jurisdicción. A los 4 días, sin más percances, llegan a Barcelona, libres de franceses y de galeotas turcas, de que estaba infestada esa costa (los genoveses acababan de apresar nueve de éstas). De Barcelona van a Montserrat a dar gracias a la Virgen y, por camino derecho (Valencia, Murcia y Granada), llegó el músico sin novedad a Sevilla.

El relato del viaje, va precedido de un Prólogo, que expone a grandes rasgos la vida de F. Guerrero hasta que hizo realidad su ilusión de hacer el viaje a Tierra Santa. El relato mismo del viaje está dividido en 10 capítulos, organizados como una secuencia a partir del espacio: punto de partida y punto de llegada (Venecia; o, si se incorpora el Prólogo, Sevilla) con las etapas que unen ambos puntos. Por lo demás, cada una de las unidades aporta gran riqueza informativa y útil, aunque de diverso tipo. Por eso pueden distinguirse en el relato:

a) dos secciones consagradas casi en exclusiva a la exposición del itinerario. La primera, más externa, configurada por el relato del traslado por mar (de Venecia a Jafa, c. 1, p. 8-12), o por tierra (de Trípoli a Sevilla -con el trecho marino de Marsella a Barcelona- cc. 9 y 10,. La segunda sección ciñe más de cerca el lugar de peregrinación. En dos capítulos se unen *viaje y visitas o peregrinación* ya en Tierra Santa: capítulo de la subida a Jerusalén desde Jafa y el de la salida de Jerusalén, por Damasco, al puerto de Trípoli.

b) la parte central, abarca cinco capítulos (cc. 3-7), dedicados al recorrido de las estaciones de Jerusalén y alrededores (lugares circunvecinos), por este orden: c. 3: Jerusalén, Monte Sión y estaciones; c. 4. Valle de Josafat; c. 5. Monte Olivete y Betania; desde aquí hay un recuerdo a Jericó, de la que se afirma que se ven





algunas casas y se describe el Mar Muerto; c. 6. Belén; c. 7. Iglesia del Calvario y Santo Sepulcro.

La obra está, así, bien organizada y equilibrada, tanto literaria como cuantitativamente. La parte central abarca un total de 39 pp. = 50%; el segundo núcleo, unas 20 pp.; quedan 10 para portada y asuntos preparatorios o conclusivos del viaje. El relato de la estación en el Calvario y Santo Sepulcro se reserva para el final, aunque sólo sucediera así en el primer recorrido oficial de los Santos Lugares. De este modo, da relieve a la cima de su peregrinación, como se le daba en la apreciación contemporánea y en la realidad, pues los peregrinos estuvieron encerrados cuatro días en el Santo Sepulcro. Por eso, como en la *Tribagia* y en relatos medievales, Jerusalén, como el paraíso, ocupa el centro del mundo. Y es que, según la creencia (y doctrina teológica), en el Calvario o Gólgota ('lugar de la calavera', es decir, de la [condena a] muerte) habría sido enterrado Adán. Y junto al Calvario está no sólo geográficamente próximo ("porque ambas cosas se pueden ver juntas") al Santo Sepulcro vacío, símbolo de la Resurrección o vida: *ubi mors* -cráneo de Adán, árbol del paraíso-, *ibi vita*: árbol de la cruz y patente y clamorosa ausencia de muerte (mortaja abandonada y sepulcro nuevo vacío). Donde el viejo Adán perdió a la Humanidad por un árbol, allí el nuevo Adán. Jesucristo, la rescata en el árbol de la Cruz. Por eso, sin aludir a esta creencia, Guerrero coloca Calvario y Santo Sepulcro, cima y suma de la redención, en el centro y remate de su relato. Allí, por tanto, culminan subida y estaciones, así como su relato de la estancia en Jerusalén, centro de la Tierra. Tras su visita, aunque en realidad recorriera otras muchas estaciones, comienza la vuelta. La peregrinación ha logrado su efecto transfigurando al peregrino: "...este viage tan *santo y gustoso*: que yo les certifico que, quando lo ayan andado, no truequen *el contento de auerlo visto* por todos los tesoros del mundo".

Todo responde en realidad a una configuración literaria del viaje, según se deduce de alguna afirmación del autor: "En estos días [cuatro, sobrantes después de la visita ordenada de las estaciones] reyteramos muchas veces las





demás estaciones del monte Syón y Oliuete". "Después que estos frayles anduuieron las estaciones en diez o doze días, en las quales yo los acompañé, porque nunca cansa el yr y venir a ellas". Además, el narrador ha organizado los materiales, como se ve en el hecho de que reserva noticias o comentarios para más tarde ("que más adelante se dirá", o adelanta comentarios y sucesos, como cuando hace un excursio sobre Loreto, describiendo este santuario desde la cercanía de Nazaret, cuando va camino de Damasco. No se trata, pues, de un *diario*, sino de un *relato de viajes* ordenado (escrito sin duda en fecha muy próxima a su acabamiento, como sugiere Calcraft -p. X), y, además, tratándose de un viaje a Tierra Santa, *velis nolis* de una peregrinación, debe narrarse de acuerdo con cánones o modelos bien establecidos. Tanto que es muy posible que, tanto para el relato del viaje como para muchas particularidades y detalles del recorrido de las estaciones (referencias bíblicas, orden de la visita indulgencias y oraciones para cada lugar, distancias e itinerarios, y tantos datos útiles), Guerrero, como otros autores de relatos de peregrinación, tuviera a su disposición el *Ordinario de Tierra Sancta*, fuente hoy perdida, citada por Aranda, y otros escritos o impresos para estas circunstancias, en particular el *Manual-guía para peregrinos de Tierra Santa* que con tanto ahínco ha buscado y tratado de reconstruir Brefeld. Cabe incluso postular la existencia algún pliego suelto, a modo de folleto turístico, que la misma compañía de navegación veneciana entregara a los pasajeros, dada la exquisita organización que presidía las dos peregrinaciones anuales tan costosas (y también, por eso, tan rentables). Quizá por eso (o con eso) la narración de la visita en el *Viaje* de Guerrero es clara y neta, como una guía turística: se fijan ordenadamente los principales itinerarios, incluidos el que supone la subida a Jerusalén y la vuelta; se añaden dos en los alrededores: Monteolivete con Betania y Betfagé, Belén y los tres de Jerusalén, alrededor de tres puntos centrales: 1) Monte Sión; 2) Cedrón y Valle de Josafat; 3) Calvario y Santo Sepulcro, punto supremo y final. En esta dependencia de arquetipos radica la fundamental semejanza de los relatos y su concordancia en tantos detalles. Y en su desaparición radica nuestra dificultad para distinguir lo que un relato debe a los modelos y lo que es aportación personal del peregrino-





narrador (la diversidad / originalidad de su mirada sobre en la captación de la realidad), tan importante para nuestro sentir contemporáneo.

Pero, aun confesando Guerrero esa centralidad teológica de Jerusalén y en ella Calvario y Santo Sepulcro, para el músico (y ésta parece ser aportación personal suya) hay un lugar en Tierra Santa tan importante como Jerusalén, que responde al paraíso: éste es Belén, que nos comunica en su inmediatez las reacciones del compositor. El comienzo del relato revela auténtico entusiasmo:

Capítulo VI. *Del bendito camino y ciudad de Bethleem.* Tiempo es ya de tratar del bendito y alegríssimo camino que ay desde Ierusalem a Bethleem (...) Desde la casa de Helías se descubre en un cerro la muy dichosa y desseada ciudad e yglesia de Bethlehem.

Y el centro de Belén y su iglesia es la cueva o gruta del Nacimiento. El relato de esta visita es una de las secciones que mejor revelan profesión, carácter, temperamento, emociones y sentimientos, creencias y estilo de F. Guerrero:

Entramos en un passage angosto para entrar en la Capilla del Nascimiento, *que parece que entráuamos en el Parayso.* Esta Capilla donde parió la Virgen al hijo de Dios es en la peña biua como essotras; será de doze passos de largo, y de ancho quatro y de dos estados en alto. Toda ella está cubierta de mármol y jaspe, y de mosaico *hermosíssimo.* Ay un altar que es una losa, y debaxo della está vazío, porque el suelo es el lugar puntual donde nació Iesu Christo hijo de Dios, hombre y Dios verdadero. Está señalado este *santíssimo* lugar con una losa muy blanca y en medio una estrella de jaspe (...) Dos passos deste altar está un lugar como una pileta de mármol quadrada más baxo que el suelo, donde fue reclinado el Niño Jesús nuestro Dios en el pesebre. Aquí está descubiert *vn pedaço de peñasco tan dichoso,* que gozó (si se puede dezir) del resplandor y gloria de Dios humanado, y digo verdad que este peñasco *nos dio más contento* que todos los demás jaspes y mosaicos...





En la comunicación de sus sentimientos es donde Guerrero conecta con sus lectores. A pesar de su realismo, el relato tiene encanto y seduce. Y es que realmente también aquí la visión y vivencia del compositor respondía a sus aspiraciones.

Informaciones y avisos. Finalmente, el relato de Guerrero tiene vocación informativa sobre un viaje, en este caso real y no imaginario, con informaciones de varios tipos. Las hay sobre la organización y condiciones de realización del viaje, que se ofrecen desde la perspectiva de aquello que el narrador tuvo que hacer para lograr, en las mejores condiciones, su propósito de viajar. Otras versan sobre las costumbres de las gentes de lugares aún desconocidos para el lector (y futuro seguidor) y la realidad y condiciones de las tierras que el viajero se encontrará, normalmente relacionadas con su utilidad para el mejor desarrollo del viaje, y con atención a características propias del peregrino. Así, pensando en uno de los padecimientos del viaje, la sed, se hará mención de la existencia de sandías: "ay olivares y viñas y otras frutas, y entre ellas vna fruta mayor que melones que en Italia se llama *anguria*, muy fresca, y vsan de ella mucho los turcos, porque entretiene mucho la sed". Guerrero ofrece los términos con que se designa algún producto esencial como el vino, que se dice *jarap*. Pensando en los peligros de beber agua en malas condiciones, señala dónde hay vino y debe hacerse provisión. Por ejemplo en Zante.

Es lógico que el músico tenga bien presente el ya para su tiempo tradicional enfrentamiento entre los imperios español y otomano. Por eso indica a los españoles la necesidad de hacerse pasar por gente de otra nacionalidad, para evitar ser molestados (tomados por espías) y esclavizados. Por otra parte, esta relación beligerante de españoles y turcos aviva la atención de Guerrero sobre el comportamiento y aspecto del temido adversario. Describirá con todo detalle la fiereza de un guerrero turco:

A este tiempo llegó un Turco a cauallo; y él comió sin apearse lo que le di de mi mano: estuue mirando su buen talle y el buen donayre que traya para la guerra. Él traya vna lança y cimitarra y vn arcabuz, y arco y saetas, y vna porra donde





auía ocho nauajas y daga y martillo, que, a mi parecer, podría entretenerse con diez enemigos y aun matallos; vean si es menester yr bien en orden con esta gente.

Los caballeros turcos parecen haberlo impresionado, como se vuelve a ver en el siguiente pasaje:

andando yo [en Damasco] por vna calle donde hauía mucha gente, andaua un genízaro turco a cauallo, corriendo por entre la gente, que era menester mucha destreza para no ser atropellado. Lleuaba desnudo vn alfange y venía borracho, y hauía dado a un moro vna cuchillada que le abrió la cabeça; yo me escondí entre los moros y passó como vn rayo; escapéme d'este por buena diligencia, porque no ay duda sino que gustara de dar otra tal cuchillada a un christiano.

Son muchas las informaciones y avisos útiles que proporciona Guerrero, aparte lo ya visto sobre organización, sus costes, mejor tiempo para la navegación, distancia en leguas y en días de las distintas etapas del viaje y peligros del recorrido. Nos dirá, además, que, arribados a Palestina, se necesita un salvoconducto del *Subasi*, o alguacil de Rama, y la concesión de un guía. Describirá las humillantes condiciones de hospedaje (bien cobrado) a la llegada, en las atarazanas de Jafa, inmundas cuevas. Para evitarlas y poder dormir en la nave en los días que tarda en llegar el salvoconducto, habrá que pagar un nuevo impuesto (la palabra para este peaje es *gafar*): un cequí. Siguen los obligados pagos a los grupos de alárabes, totalmente descontrolados (bandidos). Y nuevos peajes para entrar en Jerusalén y en la Basílica del Calvario y Santo Sepulcro (dos cequíes de oro en cada caso). Sigue vigente desde 1167 la prohibición para los cristianos de utilizar caballos, mulas o machos en sus desplazamientos por el territorio del Imperio otomano. En Damasco, dice, "entramos a pie, porque no consienten los Turcos que los christianos entren en sus pueblos caualleros". Muchachos malos pueden correr a los peregrinos cristianos por las calles a pedradas. Los viajeros no deben toser ni escupir, para que no interpreten "los moros que burlamos dellos". Quienes quieran emprender tal viaje lleven poca ropa, por seguridad.... Al despedirse de





los Franciscanos, guardianes de la Tierra Santa, que han cuidado del recibimiento, hospedaje y guía de los peregrinos, deben darse en compensación limosnas al P. Guardián (como ya se había hecho durante la estancia en Belén), y del P. Guardián se reciben "las patentes y testimonio de nuestra entrada en Jerusalem, escritas en pergamino y con el sello del Santo Cenáculo". En esto, nada había cambiado desde el viaje de Encina y del Marqués de Tarifa.

Guerrero, como hijo de su tiempo y peregrino católico, ofrece también avisos sobre los beneficios espirituales. En el ambiente de la Contrarreforma destaca en la categoría de lo útil la posesión de reliquias (recuerdos santificados: astillas del leño de la veracruz, aceite de la lámpara del S. Sepulcro, tierra...) y la acumulación de indulgencias. Realmente el interés por las reliquias no parece relevante en F. Guerrero, frente a lo que sucede entre sus contemporáneos y en la iglesia de su tiempo. Pero tampoco ofrece el menor atisbo de crítica o rechazo:

Vimos en un campo gran suma de piedras tan pequeñas como garuanços, y de su hechura: *lo que se dice desto* es que la Virgen vio a un labrador sembrar garuanços, y le pidió le diesse dellos; y él respondió burlando, que no eran garuanços sino piedras, y assí se quedaron hasta oy. Estos garuanços yo los vi y *traxe dellos*".

Al beneficio de las reliquias el peregrino añadía la ganancia de indulgencias, adscritas a la estación o visita de determinados lugares sacros en condiciones establecidas, aparte la general o plenaria conseguida por el hecho de realizar el viaje mismo: "y que nos dispusiésemos a ganar las indulgencias, confessando y comulgando". Guerrero menciona globalmente la ganancia de indulgencias, con expresiones como "ay muchas indulgencias":

[los frailes] huelgan de tornar a andarlos [los santos lugares] por ganar las indulgencias que en ellos ay; aquí ay indulgencia plenaria; y ganamos las indulgencias del santo Cenáculo; en todo esto ay muchas indulgencias; y gánanse grandes y muchas indulgencias; En todos estos Santuarios ay grandes





indulgencias; se ganan muchas indulgencias; con la indulgencia que se gana; ay muchas indulgencias.

Pero la más importante de las informaciones para el lector, la de mayor fruto para quien no vaya a efectuar él mismo el viaje, reside en la descripción de los lugares santos según el itinerario expuesto, con continuas e imprescindibles referencias a la historia sagrada relacionada con ese lugar. Se aportan así descripción e historia; lo cual implica contacto con las Sagradas Escrituras. Guerrero nos dice cómo una de las actividades relacionadas con esos lugares era la lectura de los correspondientes pasajes bíblicos o su resumen, a lo que seguía la respuesta en forma de gestos como arrodillarse, iniciar una procesión y cantar himnos o celebrar la misa *in situ*.

F. Guerrero es un católico español de su tiempo, un creyente normal y sencillo. Y, ni su mente, ungida por la piedad, ni la coyuntura de su época (Contrarreforma), aferrada a la defensa de la tradición y las tradiciones, podían permitir que en él surgiese el crítico que pone en duda creencias ni leyendas piadosas, las cuales, siempre que no engendren mentira, pueden resultar útiles, como afirma Adricomio de Delft. La formación cultural del compositor le hace ver que hay intereses que llevan a la creación de leyendas tradicionales o falsas sobre lugares y acontecimientos (y recíproca relación) de la Historia Sagrada, tengan o no su base en la Biblia: huella del pie de Jesús sobre una losa del Monte de los Olivos / Ascensión; hoyos donde se clavaron las tres cruces en el Calvario a excesivamente reducida distancia uno de otro. Normalmente el músico asiente a las informaciones que se le dan, ante todo por respeto al libro sagrado tomado como libro histórico. Por eso se refiere a sus autores como "Coronistas sagrados": "No se puede dezir la grande deuoción que aquí se halla, considerando que todo lo que en el Evangelio dezimos, se obró en aquél santíssimo lugar".

Además, Guerrero tampoco duda ni se plantea en la mayoría de los casos problemas de veracidad, porque, como no especialista, acoge las explicaciones que ofrece el guía de Tierra Santa, que siempre acompaña a los peregrinos. Así,





pues, acepta leyendas como la de la presentación de la Virgen o la de la casa de sus legendarios padres: "Esta piscina está cerca de la puerta de la ciudad, y de la casa de San Ioachín y santa Anna, padres de nuestra Señora, donde fue su santa Concepción; aquí entramos en este santo lugar, que está casi debaxo de tierra...". En Belén, junto a la capilla mayor de la basílica está "el altar adonde el Niño Dios fue circuncidado". También se le muestra la cueva donde estuvieron escondidos José y María cuando el ángel les dijo que huyesen a Egipto; "Más arriba es el lugar donde los Apóstoles compusieron el Credo". Incluso elementos de parábolas se convierten en lugares reales: "Vimos en esta calle la casa el Rico auariento que no quiso dar al pobre Lázaro sus migajas". Otras veces, cuando la objetividad del dato es menos asentible, Guerrero recurre a fórmulas que no lo comprometen, como "dizen", "que dizen", "lo que se dize desto"...

Vimos una casa que dizen fue de la muger en cuyo poder nuestro Señor dexó señalado su rostro sanctíssimo en vn lienço en dos partes, que el uno vimos en Roma, que le llaman el *Vulto Santo* y el otro en la Iglesia de la ciudad de Iaén.

En esta cueva [hoy llamada Gruta de la Leche] *dizen* que dando el pecho la Virgen al niño Jesús, cayó de la leche en el suelo, y así llevan por devoción tierra de este lugar para dar a mugeres que tienen falta de leche....

Subimos un poco más y paramos en un lugar donde dizen que recibió la cinta de nuestra Señora el apóstol santo Tomás.

Y en medio está una piedra de dos palmos poco más en alto, *que dizen* que nuestro Redemptor dexó estampado quando de allí subió a los cielos: el otro pie *dizen* que lo lleuó un Príncipe Christiano, no sé quién es. Este pie besamos muchas veces con deuoción....

Lo que quizá exprese así no sin un guiño de duda o una pizca de humor. Pero, en verdad, que Guerrero pocas veces expresa su desconfianza en las leyendas piadosas. Como cuando en Damasco les mostraron "una piedra en una plaza





cercada con una rexa, que dezían que de allí subió a cauallo S. Jorge, quando fue a matar la sierpe: *lo que vi, y nos dixeron, esso escriuo*". Pero no discute otras inverosimilitudes, como "la casa donde estuu Helías"; el "lugar [de la] cisterna de buena y mucha agua adonde los santos tres Reyes Magos se recrearon y alegraron en gran manera, porque allí les tornó a aparecer la estrella que se les auía escondido»; el vado del que David tomó piedras para su honda; la rama cortada del árbol bajo el que descansó la Virgen, etc. Y no queramos pedirle que, en contradicción con las expresiones de fe y no de historia que son los evangelios, se plantee si realmente Jesús de Nazaret nació aquí, o allá en Belén. Sería exigir demasiado a su mentalidad e incluso a su época que fuera de otro modo. En cualquier caso y aparte estas reliquias de época, su relato quiere ser veraz y útil: mejor, útil por verdadero: "yo he dado cuenta en este tratado de mi viage a la Tierra Santa, con toda verdad christiana, a quien quisiere saber deste camino". Además, vale la pena por sus frutos espirituales.

4. El valor literario del "*Viaje de Jerusalén*".

El valor literario de una obra, como venimos viendo, depende de muchos factores: de la feliz plasmación de los rasgos de un género; de la variación, apertura, ruptura o voladura controlada o lograda del mismo. Pero el valor literario, especialmente en nuestra época, depende, en el caso de los relatos, de las experiencias y fantasías con que nos permiten soñar, de las vivencias e informaciones que transmiten y del gozo que procura el uso del lengua, por su corrección, claridad, elegancia, sentido del ritmo, etc. En el *Viaje de Jerusalén* de Guerrero hemos encontrado en alto grado todos esos rasgos, según se ha visto. Destaco especialmente unas pocos.

4. 1. Realismo frente a *mirabilia*.

El relato de Guerrero es ante todo realista. No porque no aparezca en él algo muy buscado en su época: la relación de aventuras. Donde hay viaje, siempre habrá aventura: "lo maravilloso es la espuma del viaje", aun cuando las navegaciones transoceánicas del Renacimiento habían desacreditado las





maravillas del relato medieval. Pero todo viaje, como queda dicho encierra riesgos, dificultades, riesgos y peligros. Y todo viaje aleja del mundo conocido. Por eso la maravilla, al menos como forma de hechos, realidades y comportamientos que son fuente de sorpresa y admiración, no desaparece del todo, ni la perspectiva del asombro ante lo desconocido o inesperado (los corsarios franceses, por ejemplo). Especialmente cuando el viaje es largo y se desenvuelve en un mundo hostil y ajeno (el Imperio otomano), sorprendente y que encierra peligros. Por más que Guerrero quisiera menguar esta dimensión, los lectores le reconocieron el arrojo propio de un héroe y de joven, y él implícitamente lo concede: yo con sesenta años... me comporté como un "moço rezio": ha corrido aventuras. Pero no se ofrecen maravillas propiamente dichas en su relato, pues no podía hacer esos descubrimientos en... el Mediterráneo. Apenas si se detiene en descripción de obras de arte (basílicas del Santo Sepulcro y de Belén con sus mosaicos, mezquita de la Roca, etc.), descripción de ciudades o de cosas que en algún grado superan lo ordinario y conocido: la ciudad de Damasco, el mar Muerto, el lago de Tiberíades..., realidades cuya rareza y maravilla reside especialmente en ser tomadas como espacio y soporte de manifestaciones de lo numinoso.

Por otra parte y, como es lógico en los tiempos modernos (racionalistas, con tendencia a la experimentación y a mediciones objetivas e incluso precisas y científicas), cualquier realidad, por muy alejada que esté de la experiencia del lector, se acerca a éste mediante comparaciones con el mundo conocido y cotidiano. A Guerrero le suelen bastar unas breves pinceladas y la conexión del lugar con hechos de la historia sagrada. Su preocupación está en las antípodas de la búsqueda de riquezas o exotismo oriental en los edificios. Al contrario, lo que encuentra y describe suelen ser realidades miserables y edificios en ruinas:

Llegamos a Bethania, que será al presente de sesenta casas, y más parecen madriguera de conejos que casa de hombres, porque están casi debaxo de tierra; Deste lugar fuimos pocos passos más adelante, y vimos un Castillo y casa que fue de S. Lázaro: que aunque está a la mayor parte arruynado, bien parece





haber sido casa de hombre principal. Fuymos a casa de María Magdalena, y a otra de Martha, las cuales están destruydas. [En Belén] Lo que está arruynado se puede reparar, mas no quieren los Turcos. Es de considerar ver esta ciudad [Sebaste] donde residieron tantos Reyes, tan destruyda que apenas ay 50 casas y esto se vee por toda esta tierra de Palestina: que passamos por ciudades que fueron muy grandes y no vimos sino piedras y algunos paredones; etc.

Las ruinas aparecen continuamente en el *Viaje de Jerusalén* y son una constatación: "Ay muchos Santuarios destruydos, de muchos mysterios". Se ponen en conexión con el paso irremediable del tiempo que todo lo altera, como los mosaicos del Santo Sepulcro: "A la una parte está el retrato de Santa Helena, y de la otra el del emperador Constantino, su hijo, de rico mosaico muy antiguo, y otras figuras de santos, que casi no se parecen, de muy mal tratadas de la *antigüedad del tiempo*"; "este santo lugar [donde fue la santa Concepción] (...) está casi debaxo de tierra, y en general los más de los edificios lo están, porque con la *antigüedad del tiempo*, ha crecido la tierra, cayendo unos edificios sobre otros". "...muchas poblaciones que fueron *en otro tiempo* ciudades principales, entre ellas Capharnaúm, y Chorozaím y Bethsayda; y al presente no ay más de sus ruynas". No hay en el *Viaje* de Guerrero (sí en la *Tribagia*), una consideración de las ruinas como visión de la sucesión de las edades ni como muestra de la barbarie de los infieles, que destruye los edificios; lo cual exige una nueva cruzada. Aunque la idea de la responsabilidad de los no cristianos en esta desolación aparece en dos ocasiones: cuando describe la desnudez de la iglesia superior de Sta. Catalina en Belén:

Esta santa yglesia que está encima del Nacimiento es hermosa en gran manera, porque todas las paredes y suelo de ella estuuieron cubiertas de losas de mármol, y los Turcos las han quitado de pocos años a esta parte para llevar a sus mezquitas.

Y al lamentar el poco cuidado que los musulmanes tienen de los monumentos que controlan:





Y aunque da tristeza ver *el maltratamiento que estos lugares tienen por estar en poder de Moros*, la devoción y la fe de los Católicos no desmaya, porque consideramos que esté esto desta manera aora, por su secreto juyzio.

Pero más que despotricar contra los adherentes a otra religión, atribuye a penalizaciones de malas conductas tales desastres: "Que passamos por ciudades que fueron muy grandes y no vimos sino piedras y algunos paredones. Y bien parece ser la voluntad de Dios estén assí, por los pecados de aquel tiempo".

No pueden, pues, encontrarse en el relato de Guerrero restos del mito de la tierra que fluye leche y miel, sino un territorio destruido y convertido en tierra fragosa y áspera, en línea con el *Viaje* del Marqués de Tarifa, quien anota que el terreno de Jafa a Jerusalén sería fértil si no faltara el agua. También Guerrero distingue entre la franja costera, fértil, y la fragosidad y pobreza de la tierra que circunda Jerusalén. Aunque resulta normal en un renacentista su natural consideración de las formas del paisaje y los cultivos: "Es este camino [a Belén] muy apacible, porque la una legua dél toda es heredades de viñas y olivares y frutas, y muchas torrecillas y casas que hazen una hermosa vista...". Por eso destaca el detalle con que ofrece la vista panorámica de Jerusalén desde el Monteolivete. Pero ni las ciudades ni otras realidades se constituyen en núcleos de expansiones narrativas.

4. 2. El primor del estilo

El *Viaje de Jerusalén* tiene el primor del estilo, que, en consonancia con su objetivo, es natural, sin afectación, como exigían los cánones renacentistas de Castiglione y Garcilaso. Reúne gran sobriedad, concisión, tersura y claridad. La palabra sin adornos y pegada a lo real gozaba del prestigio de contener más verdad. Por ello acierta de plano Guerrero cuando, escribiendo un relato de viaje a Tierra Santa, muestra un estilo sencillo. Por otra verdad, aunque fuera capaz de escribir para sus músicas composiciones poéticas donosas, no es un prosista. Nueva razón para ser espontáneo y personal en su escritura, sin que tenga que pasar sus experiencias o vivencias por el tamiz de las convenciones





de los profesionales. Las descripciones se reducen a sobrias pinceladas, que, más que buscar efectos ornamentales, ofrecen la realidad experimentada con inmediatez y claridad, siempre en aras de la utilidad. Ésta es quizá la raíz principal de su estilo. Lejos de la prolijidad, el relato va derecho *ad rem*, con sencillez, sinceridad y con la frescura de la confidencia, aviso o recomendación de amigo a amigo. El período es corto y sin complejidades sintácticas. El tono coloquial, digno y decoroso, canaliza tecnicismos propios del género y palabras extranjeras que, por una parte, sugieren al lector lo que está más allá de su vivencia cotidiana (la parte de aventura, exotismo y maravilla que la ilusión toma como deseable y *real*), trasladándolo a un mundo para el que su curiosidad está bien despierta. Por otra parte, estos términos serán de utilidad a quien decida finalmente repetir la experiencia del narrador. Lengua transparente como los aires de la sierra de Judea, o clara como la luz que se derrama desde la limpidez del desierto.

4. 3. El humorismo.

No falta tampoco el humor o al menos el gracejo, que, como el valor y la decisión, se le escapan a Guerrero insensiblemente como en una acotación marginal que suaviza la gravedad del relato. Así es cuando, por temor a ser reconocido por español por los turcos elige un nombre alemán (Alberto), fingiendo serlo (c. 7), o en varias situaciones. Atalá, el guía palestino del grupo de Jafa a Jerusalén, dice a los peregrinos que él es cristiano con los cristianos y moro con moros. Y Guerrero le dice: "*ahora sed con nosotros Christiano*". Cuando atraviesan el Jordán, es tanta la alegría y aprecio del agua santificada -en un paraje en el que ni siquiera había sucedido el bautismo de Jesús de Nazaret- que se lavan, beben...y hasta: "parecía que desseáuamos convertirnos en peces, por no salir de aquella bendita agua". Está, además, la referida anécdota del jenízaro alocado de Damasco. Y la comparación de los lugares sagrados de Betania con madriguera de conejos. Resulta gracioso el modo de rechazar una leyenda o etiología asociada al nombre del río que llaman del Can "por cierta fábula de los gentiles que dizen que este can o perro, que era de piedra, hablaua a los desta





tierra quando hauía de hauer guerra o alguna nouedad y después lo echaron en este río. *Yo lo vendo al precio que lo compré; crea cada uno lo que quiere*".

4. 4. Retórica de la emoción.

Pero este relato es también una comunicación personal portadora de sentimientos y emociones individualizados. Se diría que Guerrero consigue aquí con la prosa, con un relato con su manejo poético de la palabra, lo que era capaz de lograr con su dominio de la técnica artística musical. Destacan los especialistas en sus composiciones musicales: "espíritu ingenuo de fe popular", "candor expositivo", "misticismo ingenuo y lírico" en las composiciones poéticas que servían de soporte a su música y con la cual ésta se compenetraba y "edulcorada sensibilidad": es lo que logra también con la palabra en su relato. Y, de modo particular, a partir de lo que era su vivencia básica comunicada: la de la música. Lo que como músico percibe, como escritor exhibe. Las palabras son ecos de fantasías musicales o vivencias de motetes, canciones y coros asociados a lugares, momentos y situaciones imaginados en toda su fuerza y plasticidad. Es como si la palabra fuera un refrescante surtidor de agua o de licor que manase de la enorme presión artística contenida en las vivencias musicales del genial compositor.

5. *La música en el "Viaje de Jerusalén" de Guerrero.*

Y, por supuesto, característica del relato de Guerrero es la presencia de la música. De la música brota el relato y a las músicas vuelve: entre soñadas o recordadas músicas se desenvuelve y se escribe. La recreación musical de los hechos sagrados es lo que le impele a hacer el *Viaje*, que, en cierto modo, no es sino el afán de contrastar la ensoñación con la realidad, que habrá que trascender en su apariencia. Lo que hará el sentimiento religioso: cuando la realidad se muestra hosca o mezquina, quedará transfigurada por la idealización o ensoñación. De ahí que la música adquiriera un relieve particular.





De su primer contacto con la liturgia griega / bizantina en Zante dice F. Guerrero, que la música utilizada en ella era "canto llano muy simple e ignorante".

La música acompaña la visita de las estaciones:

Es de saber que para todos los santuarios que se andan en toda la Tierra Santa lo primero que se hace es decir un Hymno y Antífona y Verso y Oración, que para todo se lleva libro desto

Echará en falta la música en lugares especiales: "Muy bien parecerían aquí cantando algunos discretos músicos las *Lamentaciones* de Ieremías, mirando y considerando el Calvario y Santo Sepulchro". "A la media noche es gran contento oyr a todas estas naciones decir maytines, y cada uno en su lengua, y canto" (en la Iglesia del Santo Sepulcro). "Es gran *contento oyr*": aunque la realidad ofreciera un des-concierto de berridos. Pero es en Belén donde se sueña con músicas celestiales y coros angélicos. Belén, legendario lugar del nacimiento de Jesús, le produce el arrobamiento y el traslado al empíreo:

Quando la vimos [Belén] todos los peregrinos y frailes con nosotros yuan, de rodillas en tierra *cantando hymnos y oraciones* y dimos muchas gracias a Dios. *Fuimos cantando* hasta llegar a la ciudad y puerta de la yglesia....

Entre el lugar del Nacimiento y el del pesebre está un altar de mármol, que señala el lugar donde ofrecieron los Reyes sus dones. *Yo, como músico, tuue mil ansias y desseos de tener allí todos los mejores músicos del mundo, assí de bozes como de instrumentos, para decir y cantar mil canciones y chanzonetas al niño Iesús y a su Madre santíssima, y al bendito Joseph, en compañía de los Ángeles y Reyes y Pastores que en aquel diuersorio se hallaron, que, aunque era al parecer tan pobre, excedía a todas las riquezas que se pueden imaginar*

F. Guerrero concentra toda la fuerza de su fe en este lugar y momento por el que desde siempre tuvo una llamativa fijación, fruto de su piedad mariana y





encarnacionista (navideña). Por otra parte, también se aprecia la pena que sintió cuando, pasando en su viaje de vuelta junto a Nazaret, no puede acercarse al lugar. Su relato derrama sentimiento:

El otro monte es donde está la bendita ciudad de Nazareth, adonde vino el Ángel S. Gabriel a saludar a nuestra Señora, y donde encarnó el hijo de Dios. No subimos al lugar, porque nuestros moros no nos dexaron; sólo vimos blanquear las ruynas de los edificios.

Se diría que las ruinas blancas de Nazareth son una metonimia de las lágrimas de su dolorosa frustración.

Conclusión

Hasta aquí algunas consideraciones sobre el *Viaje de Jerusalén* de F. Guerrero en el IV Centenario de la muerte del compositor. Escribió un relato sencillo, sobrio, ordenado, con elegancia natural; útil y lleno de noticias y avisos; personal, transido de afectos y rebosante de piedad. Impulso activo hacia la realización de la peregrinación para unos pocos a quienes se lo permitiera su circunstancia personal, económica y familiar. Un placer para la memoria e imaginación del autor en la relectura, y el garantizado embeleso para devotos lectores y oidores. Pequeña joya, que, como cualquiera de los motetes o sacras canciones, nos legó F. Guerrero, "para excitar los piadosos ánimos a la digna contemplación de los misterios sagrados": a la belleza de la vida.





Prólogo

Habiendo (por la misericordia de Dios) ido y venido a la santa ciudad de Jerusalem, y visitado lo que en ella hay, y lo demás de la Tierra Santa, (como adelante se dirá) muchos curiosos y devotos me han persuadido a que escribiese este tan santo viaje, para encender sus ánimos a procurar hacer el mismo camino, y ser informados de lo que para ello es menester. Y yo por condescender a sus deseos, y por el gusto que tengo de la dulce memoria de haberlo andado, no me será pesado hacer una breve relación de todo lo que he visto. Y para dar mejor razón del movimiento que tuve para hacer esta peregrinación, es menester comenzar desde qué tiempo me incliné a desear ver cosas tan preciosas. Desde los primeros años de mi niñez me incliné al arte de la música, y en ella fui enseñado de un hermano mío, llamado Pedro Guerrero, muy docto maestro. Y tal prisa me dio con su doctrina y castigo, que con mi buena voluntad de aprender, y ser mi ingenio acomodado a la dicha arte, en pocos años tuvo de mí alguna satisfacción. Después, por ausencia suya, deseando yo siempre mejorarme, me valí de la doctrina del grande y excelente maestro Cristóbal de Morales, el cual me encaminó en la compostura de la música bastante, para poder pretender cualquier Magisterio. Y así, a los diez y ocho años de mi edad fui recibido por maestro de capilla de la iglesia catedral de Jaén, con una ración, adonde estuve tres años. En fin de este tiempo vine a Sevilla a visitar mis padres, y el cabildo de la santa iglesia me mandó que les sirviese de cantor, con un salario bastante. Y yo por agradecer esta merced y obedecer el mandato de mis padres, dejé lo que tenía en Jaén, teniendo por





mucha honra la que en esto se me hacía, aunque fuera mayor la pérdida de lo que dejaba.

Desde a pocos meses de mi residencia en esta santa iglesia, fui llamado para el magisterio y ración de la iglesia de Málaga, y habiéndose hecho examen entre seis opositores, fui nombrado el primero por el obispo don Bernardo Manrique, y el cabildo; y enviado el nombramiento a su Majestad, fui proveído por su mandado, y se tomó la posesión por mí. Y poniéndome en orden para ir a residir mi ración, el cabildo de esta santa iglesia de Sevilla, no permitió que yo dejase su servicio. Y para que con mejor título pudiese dejar lo que ya poseía, se ordenó que el maestro Pedro Fernández, maestro de capilla de la santa iglesia de Sevilla, y maestro de los maestros de España fuese jubilado y se le diese media ración, y la otra media se me dio a mí, y más el salario de cantor, con cargo de enseñar y dar de comer, y lo demás necesario a los Seises cantorcicos. Y que si le alcanzase de días, entrase yo en toda la ración. Y así estuvimos veinticinco años en compañía, y después de sus días, fui proveído con perpetuidad en toda la ración con bulas apostólicas.

Y como tenemos los de este oficio por muy principal obligación componer chançonetas, y villancicos, en loor del santísimo nacimiento de Jesucristo, nuestro salvador y Dios, y de su santísima madre la Virgen María, nuestra Señora, todas las veces que me ocupaba en componer las dichas chançonetas, y se nombraba Belén, se me acrecentaba el deseo de ver y celebrar en aquel sacratísimo lugar estos cantares, en compañía y memoria de los ángeles y pastores que allí comenzaron a darnos lección de esta divina fiesta; y aunque esta pretensión era cosa tan grande que me parecía estar muy lejos de conseguirla, por muchos inconvenientes que había (especialmente el de mis padres) propuse (aunque no hice voto) de que si Dios me daba vida más larga que a ellos, de hacer este santo viaje. Y así después que Dios los llevó de esta vida, me pareció que tenía hecha la mayor parte de este camino. Estando siempre con este cuidado cuándo sería el tiempo de verme en este viaje, sucedió, que el año mil y quinientos y ochenta y ocho, nuestro santísimo y





beatísimo padre Papa Sixto Quinto, envió a llamar al Ilustrísimo y Reverendísimo señor el Cardenal don Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla; y estando a punto para ir a Roma, le supliqué me llevase en su servicio, y pidiese al cabildo lo tuviese por bien; y así se hizo lo que su Señoría Ilustrísima pidió. Llegados que fuimos a Madrid, como su Majestad le detuviese, y el verano entraba recio de calores, determinó por entonces no pasar de allí hasta que refrescase el tiempo, y yo como deseoso de verme ya en Italia, y veía esta nueva dilación, supliqué a su Señoría Ilustrísima me diese licencia para ir a Venecia a estampar unos libros, entretanto que se llegase el tiempo de proseguir su jornada, porque al presente estaban en Cartagena las galeras del gran Duque de Florencia. El cardenal no tan solamente me dio licencia, mas también me hizo merced de darme el ayuda que fue menester para la jornada, y así me fui a embarcar a Cartagena, adonde hallé otras galeras que estaban a punto de navegar.

Llegado a Génova, pasé a Venecia, y llegué a los ocho de agosto.

Lo primero que hice de mis negocios fue concertar la estampa de dos libros de música. Y diciéndome el impresor que era menester para estamparlos más de cinco meses, dije a un amigo mío: En este tiempo pudiera yo hacer mi viaje a Jerusalem. Respondióme: A buen tiempo habéis venido, que hay una nave buena y nueva que va a Trípoli de Siria. Fue muy grande alegría para mí, y tomando a su cuenta la corrección de la estampa el maestro Joseph Zerlino, maestro de capilla de S. Marco, y de la Señoría de Venecia, varón doctísimo en la música, y en las otras artes liberales, me concerté con el escribano de la nave lo que se suele pagar por cada persona, que son cinco escudos por la embarcación, y por comer con el capitán siete escudos por cada mes.

Llevé desde España por mi compañero en todo este viaje a Francisco Sánchez, discípulo mío, y así alegremente nos embarcamos a catorce días del mes de agosto, del año de mil y quinientos y ochenta y ocho, a los sesenta años de mi edad, sin temor del mar, ni de tantas naciones de enemigos como en esta





peregrinación hay, porque el gusto que tenía de esta jornada hacía que todo me fuese fácil y suave.



Capítulo primero



Del camino que hicimos desde Venecia a Jafa, puerto de la Tierra Santa.

El día siguiente que fueron quince días del dicho mes, y día de la Asunción de nuestra Señora, comenzamos a navegar algo despacio por ser el viento un poco flaco, y después que mejoró el tiempo, llegamos a la ciudad de Parenzo, que es en la provincia de Istria. Después que de aquí salimos comenzamos prósperamente a navegar, pasando por la costa de Dalmacia, tierra y patria del bienaventurado san Jerónimo, y por la Esclavonia, y Albania, llegamos en quince días a la isla del Zante, tierra en la Grecia de venecianos, que son trescientas leguas de Venecia, dejando a la mano siniestra la isla de la Chafalonia, y golfo de Lepanto, donde fue la gran batalla de la armada y liga cristiana con la de los turcos, y tuvo la victoria la parte cristiana, siendo general de ella el serenísimo señor don Juan de Austria, hermano del rey don Felipe, nuestro señor. Estuvimos en el Zante cuatro días.

Esta isla del Zante es bien proveída de lo que es menester para la vida humana, especialmente de vino, que lo hay en abundancia, y es muy excelente, donde vienen a cargar de levante y poniente muchas naves, y para todas hay abundantemente. Toda la tierra es de griegos, aunque los gobernadores son





venecianos, como señores de la tierra. Hay un obispo griego, y otro latino. Son dos poblaciones, una junto al mar, y otra en un cerro alto, donde está la fortaleza. La mayor parte de las iglesias son de griegos. Hay un convento pequeño de frailes franciscos, donde decimos misa los latinos. Aquí oímos una misa a los griegos, y la oficiaron de canto llano algunos eclesiásticos, y legos.

Su canto es muy simple, e ignorante. La misa se dice con devoción, y muchas ceremonias, y una de ellas es que la ofrenda que tienen de pan y vino que se ha de consagrar, el sacerdote sale de un altar por una puerta que lo divide del cuerpo de la iglesia, y da una vuelta por ella, y vuélvese al altar, trayendo en la cabeza el cáliz y el pan todo cubierto, el cual es fermentado, y va un ministro incensando delante, y están los griegos de rodillas adorando aún lo que no está consagrado.

Esta tierra de la isla del Zante, está cerca y frontero de la Morea, que es Corintio, adonde san Pablo escribió dos de sus epístolas.

Partidos del Zante, nos engolfamos hasta llegar a la isla de Candia, que por otro nombre se llama Creta, que serán doscientas leguas. Fuimos costeándola, casi cien leguas, y sin desembarcar en ella, entramos por otro golfo, que serán otras doscientas leguas poco más, y llegamos a la isla de Cipro, tierra hermosísima, y fértil, de todo lo que se puede desear. Esta isla, y reino, poseen los turcos de veinte años a esta parte, ganándola por fuerza de armas a los venecianos, que eran señores de ella; aunque se quedaron los naturales en ella con sus casas, y haciendas, empero sujetos a los turcos, como señores de ellos, y de la tierra. Son los moradores de ella griegos y latinos. Llegamos a una ciudad de esta isla que se llama Limisol en veinte y siete días desde que salimos de Venecia.

Desembarcados en la dicha ciudad comenzamos a tratar con los turcos, y aunque al principio de nuestra entrada andábamos con miedo, desde a pocas horas ya los mirábamos y saludábamos sin miedo, porque como los venecianos tienen paz con ellos, y nosotros los peregrinos vamos a título de venecianos, hablando en esta lengua, no había que temer. Esta ciudad de Limisol, está muy





mal tratada desde el tiempo de la guerra. La fortaleza está hecha ceniza de la gran batería que le dieron los turcos, y la mayor parte de las casas, y la iglesia y cruces de piedra que había en la entrada de la ciudad, está todo derribado. Hay en esta isla muchas cosas necesarias y regaladas para la vida, mucho pan, y vino, y azúcar, y gran suma de algodón, donde cargan muchas naves para levante y poniente. Hay aquí un cónsul de la nación de Italia y Francia, que es el que está de por medio entre los turcos y cristianos, y con éste tratamos nuestros negocios. Fuimos a su posada y nos regaló en ella, y de él supimos de la guerra que el turco tiene en Persia, y de las compañías de gente de guerra que pasan por la Caramania que está muy cerca de aquí en la tierra firme de Asia, y de la buena ocasión que al presente había para poder tomar a cobrar este reino por la poca guardia que los turcos tienen en él. Mas por demás es pensar en este caso, porque ya tenemos experiencia, que lo que estos bárbaros una vez conquistan, tarde lo pierden.

Estando en esta ciudad de Limisol, nos dijo nuestro capitán, que había de estar con su nave más de veinte días, y de allí se había de ir a Trípoli de Siria, que le parecía que de allí nos fuésemos a Jafa, puerto de la Tierra Santa, distante de Jerusalem doce leguas, y que ganásemos estos días. Y así nos concertó a cuatro peregrinos con un barquero que tenía tres compañeros, y decía que eran cristianos. Estos llevaban su barca cargada de algarrobas a la ciudad de Damiatha, en Egipto, y concertados en el precio que fueron veinticinco cequíes, que cada cequí vale quince reales de España, y en cuatro días llegamos al puerto de Jafa que son ciento y veinte leguas de la ciudad de Limisol. Fue alegrísima vista a todos cuando descubrimos tierra que con tanta razón se dice santa. Antes de llegar a Jafa vimos la ciudad Cesarea de Palestina, y otros pueblos, aunque ni llegamos a ellos por ir con buen tiempo, y llegar con brevedad al puerto deseado. Estuvimos en llegar a Jafa desde Venecia treinta y dos días.





Capítulo segundo

De la ciudad de Jafa, y del camino que desde allí hay a Jerusalem

Esta ciudad de Jafa (que por otro nombre se llama Jope) fue muy principal como lo demuestran las ruinas de los edificios de ella. Es muy celebrada en la Sagrada Escritura por las cosas que en ella acontecieron. Aquí se embarcó Jonás profeta huyendo de Dios, cuando le mandó que fuese a predicar a Nínive; y por la tempestad que por su culpa Dios envió, fue echado en la mar, y tragado de la ballena. Aquí estuvo algún tiempo el apóstol san Pedro, donde vio aquella visión del cielo abierto, y descender un vaso a manera de un gran lienzo, que los cuatro cabos del llegaban al Cielo, lleno de serpientes, y aves, y otros animales, y Dios le mandaba que matase y comiese, y lo demás que en los actos de los apóstoles dice en esta historia. Aquí resucitó el mismo apóstol a una mujer que se llamaba Dorcas. Por lo dicho y por lo mucho que hay que decir es famosa esta ciudad y puerto. Luego que nuestro barco llegó al puerto y dio fondo, vimos venir de tierra otro barco hacia el nuestro, en el cual venía el Subasi, que es el alguacil de la ciudad de Rama, con ocho o diez arcabuceros y flecheros, y llegaron a nuestro barco, y entrando en él, miró a los peregrinos que allí estábamos diciendo: *Cristiani? cristiani?* Y nosotros bajando la cabeza, le dimos a entender que sí. El barquero, cuando los vio venir, escondió dos barriles de vino, porque sabía cuán deseosos son de esta bebida, dejando un poco con que los convidó a merendar a pan y queso y algarrobas.





Después que se acabó la merienda, nos hizo señas que entrásemos en su barco, y venimos a tierra, y cristianos y turcos muy alegres, riendo de un turco que se emborrachó, y los otros turcos le decían donaires.

Llegados a tierra, el Subasi nos pidió de la entrada un cequí por cada uno, y después de recibido nos encomendó a un turco que nos guardase.

Y visto que aquella noche habíamos de dormir en el suelo, en unas bóvedas a manera de atarazanas antiquísimas, entramos en acuerdo de rogar al turco, nuestra guarda, que nos dejase dormir en un barco en la mar, y él se hizo de rogar hasta que le dimos ciertas monedas con que nos dio licencia.

El Subasi se iba aquella noche a Rama, que son cuatro leguas, y le rogamos que nos enviase un hombre con bestias para llevarnos a Jerusalem, y él lo prometió y así lo cumplió. Aquella noche, y otra, estuvimos en un barco lleno de peregrinos que venían de Jerusalem, donde iban unos caballeros franceses y algunos frailes; regaláronnos estas noches que allí estuvimos.

Al tercero día vino un hombre de Rama que se llamaba Atala, y trajo para cada uno un jumento y por veinticuatro cequíes nos concertamos con él los cuatro peregrinos. Otros dos peregrinos llegaron a este tiempo, el uno fraile de san Francisco, y el otro clérigo, ambos franceses, y el fraile venia del Cairo; vinieron así mismo muchos peregrinos griegos con sus mujeres e hijos, y todos juntos partimos camino de Jerusalem.

Este hombre, vecino de la ciudad de Rama con quien caminamos, hablaba italiano, y decía que era cristiano, aunque nos decía por donaire (que era gracioso, y de buen entendimiento) cuando le decíamos que por qué comía de tan buena gana con los moros y turcos, respondía: Mira, yo soy moro con los moros, y con los cristianos cristiano, y con los ladrones ladrón.

Sea en hora buena hermano Atala lo que decís; ahora sed con nosotros cristiano. Llegamos a Rama, que por otro nombre se llama Ramata, adonde estuvimos





tres días. Todo este camino de aquí a Jafa es llano; hay olivares, y viñas, y otras frutas, y entre ellas una fruta mayor que melones, que en Italia se llama anguria, es muy fresca y usan de ella mucho los turcos, porque entretiene mucho la sed.

Esta ciudad fue muy hermosa de edificios; al presente está arruinada, aunque hay algunos en pie, y algunas iglesias y torres, especialmente una de san Jorge, que está fuera de la ciudad.

Aquí posamos en una casa, que aunque estaba mucha parte derribada, había buen espacio donde estar. Esta casa dicen que era de Nicodemo, ahora es de los frailes de Jerusalem, adonde posan los peregrinos; aquí hay bien de comer y barato, especialmente gallinas. Tuvimos por buena cama cuando hallamos quien nos alquiló unas esteras, y en ellas dormimos en el suelo. Pagamos a un turco algunos reales, porque nos guardase de parte de fuera de nuestro aposento, y dándole prisa todos a nuestra guía Atala para que caminásemos, nos dijo, que convenía dar aviso a un capitán de alarabes para que estuviese en un cierto paso, porque andaban otros alarabes ladrones por allí. Y así fue, que una mañana que madrugamos de la dicha ciudad de Rama, al amanecer hallamos en aquel paso al capitán que decía, con veinte alarabes de a caballo, bien armados. Hiciéronnos detener a todos, y pasada media hora que nuestro Atala habló con ellos, pasamos de largo nuestro camino. Después que nos alargamos de ellos, vino en pos de mí uno de los alarabes a caballo, y tocando por toda mi ropa me decía: *jarap, jarap*; que es decirme si llevaba vino, que le diese. Yo le satisficiera su sed, si lo llevara; él se volvió triste, y yo fue algo alegre, por verme libre de él. Por todo el camino hasta Jerusalem, a cada legua, nos salían quince, o veinte alarabes con sus arcos y flechas, tan morenos del sol, y tan mal vestidos, que parecían al diablo, dando mil gritos a nuestro truchimán Atala, que les diese el gafar, que es cierto portazgo que les pagan todos los que pasan por allí por vía de paz, porque estos alarabes no están sujetos al Gran Turco, ni a otro señor, y no tienen otra renta ni oficio sino es lo que roban. Parecen cuando salen a nosotros y nos ponen las flechas a los pechos que nos han de asaetear, y con darles cuatro o seis reales por todos, van contentos. A





cada legua salen otros tantos, y con ellos se hace de la misma manera, aunque son tan libres que nos llegan a las faltriqueras y nos sacan lo que en ellas hay, pero son tan comedidos que pudiendo despojarnos y tomarnos los escudos que llevamos escondidos y darnos muchos palos, vamos seguros por el respecto que tienen por todos aquellos caminos a nuestro truchimán Atala, y porque los castigarían si nos tratasen mal si los prendiesen. Vimos por este camino muchas iglesias no del todo arruinadas, que con facilidad y poca costa podían ser reparadas. Vimos más un edificio antiguo, que decían ser la casa del buen ladrón. Vimos las ruinas de la ciudad de Modin, tierra y patria de los Macabeos. Llegando cuatro leguas de Jerusalem, comienza la tierra pedregosa y montuosa. Llegamos a reposar, después de medio día, debajo de unos olivares donde había una buena fuente, y estando comiendo lo que llevamos de la ciudad de Rama, a este tiempo llegó un turco a caballo, y él comió sin apearse lo que le di de mi mano. Estúvele mirando su buen talle, y el buen donaire que traía para la guerra. Él traía una lanza y cimitarra, y un arcabuz, y arco y saetas, y una porra, donde había ocho navajas, y daga, y martillo; a mi parecer podría entretenerse con diez enemigos, y aun matarlos; vean si es menester ir bien en orden los que fueren contra esta gente. Este lugar donde pasó lo que he dicho es junto a un valle que se llama Terebinthi, donde David mató a Golial Filisteo. Pasamos un río que casi no llevaba agua, adonde yo imaginé que David cogió las piedras que puso en su zurrón, con que hizo su batalla con el gigante. Aquí hay una puente medio destruida, que debió ser hermoso edificio. Pasado este valle y río, comenzamos a subir una grande cuesta, que duró una legua, y en lo alto está llano, aunque es pedregoso, y acercándonos a Jerusalem, la cual está toda rodeada de montes, que si no es del monte Olivete de donde se ve toda, de esotras partes se ve poco. De aquí descubrimos un pedazo del muro, y las torres del castillo. Luego que lo vimos fue tan alegre vista, y tan extraordinario contento, que todos los peregrinos latinos y griegos nos apeamos, besando muchas veces la tierra, dando muchos loores a Dios, y mil suspiros devotísimos, diciendo cada uno su devoción a la santa ciudad, reiterando muchas veces: *Urba beata Hierusalem.*





A este tiempo un cristiano que había nombre Bautista, que sirve de lengua de los frailes con los moros y turcos, que habla italiano, salió a recibirnos, porque ya tenía el guardián noticia de nuestra ida; y como llegamos a la puerta de la ciudad nos hizo sentar, y que aguardásemos el aviso del padre guardián, que es el que el Papa tiene puesto por cabeza de los latinos.

Desde a media hora vinieron dos frailes italianos, y saludáronnos de parte del guardián, y que fuésemos bien venidos, que aguardásemos otro poco, que ellos volverían por nosotros, que iban a avisar a los turcos que han de dar licencia de la entrada, los cuales vinieron a mirar la ropa que llevamos, que era bien poca, y esto es lo que conviene para la seguridad del peregrino. Después de vista nos dieron libre la entrada, pagando cada uno dos cequíes de oro. Los griegos, como más caseros y vasallos del Gran Turco, se entraron luego, y se fueron a su patriarca. Volvieron los frailes por nosotros, que éramos seis latinos. Entramos en la santa ciudad día de san Mauricio, a veinte y dos de septiembre, del año de mil y quinientos y ochenta y ocho, y así mismo estuvimos en llegar desde la ciudad de Venecia treinta y siete días.



Capítulo tercero



Que trata de la santa ciudad de Jerusalem, y sacro monte Sión , y sus estaciones.

Los dos frailes nos llevaron al monasterio que se llama san Salvador que es el convento principal de toda la Tierra Santa, estábannos aguardando todos los





religiosos del convento en procesión, y cantando *te Deum laudamus*, fuimos a la iglesia que está en lo alto de la casa, y después de hacer oración, se llegó al altar mayor un fraile, y en lengua italiana nos hizo una plática muy devota que contenía la merced grande que nuestro Señor nos había hecho, de habernos traído a ver aquellos santísimos lugares, y que nos dispusiésemos a ganar las indulgencias, confesando y comulgando. Después de acabada esta plática nos llevaron a una pieza así mismo en procesión, donde nos lavaron los pies con mucha devoción cantando himnos y oraciones. Acabado el lavatorio nos dieron bien de cenar, y después nos llevaron a unos aposentos, y a cada uno se nos señaló la cama, donde dormimos, y descansamos alegrísimamente, por habernos hecho Dios tan singular merced, que no la concede a todos, aunque príncipes y reyes lo desean.

El día siguiente nos dispusimos para confesar, y el padre guardián dio facultad a los confesores para absolvernos plenariamente, porque tiene las veces del Papa, y mostrándole nuestras dimisorias para decir misa, nos dio licencia para decirla.

Hay tres altares en esta iglesia, y son privilegiados, esto es, que se saca un ánima de purgatorio.

Hecho este oficio, nos encomendó para andar las estaciones a un virtuosísimo y santo fraile (que se llamaba Salandria) italiano que hacía veinte años que estaba en la Tierra Santa, y él y un compañero, y Bautista, el que arriba hemos nombrado, el cual es nuestro intérprete con los moros en su lengua arábica, y también nos defiende de muchos malos muchachos que nos dan de pedradas por las calles, y nos avisa de lo que hemos de hacer, y que no vayamos tosiendo ni escupiendo, porque piensan los moros que burlamos de ellos.

Comenzamos con alegría y devoción a andar las estaciones seis peregrinos y algunos frailes, que aunque han visto aquellos santos lugares, huelgan de tornar a andarlos por ganar las indulgencias que en ellos hay.





La primera estación que hicimos, fue a una iglesia de Santiago apóstol, donde fue degollado. Es esta iglesia de armenios, muy grande, y bien fabricada. La capilla de la degollación está a la mano siniestra de la entrada de la iglesia, adonde está una losa de mármol debajo del altar, adonde tocamos y reverenciamos. Tienen los armenios buena casa continuada con esta iglesia como monasterio.

De aquí fuimos a casa de Anás adonde Cristo fue traído primero después de preso. Es iglesia de armenios. Aquí fue donde dieron a Cristo la bofetada. Allí se muestra una oliva donde dicen que Cristo estuvo ligado en tanto que salía Anás a verlo; aquí hay indulgencia plenaria. Es de saber, que para todos los santuarios que se andan en toda la Tierra Santa, lo primero que se hace es decir un himno y antífona, y verso y oración, que para todo se lleva libro de esto, y después que se ha rezado un *Pater noster* y un *Ave Maria*, se nos dice el misterio de aquel lugar.

De aquí fuimos a la casa de Caifás, en la cual está una iglesia en el lugar adonde Cristo fue acusado, y lo demás que dice el evangelio. Visitamos el altar mayor y la cubierta de él es la piedra que estaba a la puerta del santo sepulcro, la cual con razón dificultaban las Marías, diciendo quién la revolvería para entrar en él, porque es de diez palmos poco más o menos de largo, y cuatro de ancho, y muy gruesa.

En esta capilla mayor, hay un retrete pequeño en la pared de ella, en que cabrán dos hombres, y para entrar en él es menester entrar de rodillas por ser la puerta muy pequeña, es lugar donde estuvo Cristo como encarcelado, en tanto que el pontífice salía a verlo. Salidos de esta iglesia a un patio que está junto a ella, está un naranjo, que es el lugar donde estaban al fuego los ministros de Caifás, y adonde san Pedro negó a Cristo. De lo alto de esta casa (la cual esta pocos pasos fuera del muro de la ciudad) hacemos oración, y ganamos las indulgencias del santo Cenáculo, que está muy junto a ella en la cumbre del monte Sión, que por esta parte no está más alto que la ciudad, no entramos en él porque es ya mezquita. Aquí fue la Cena de Cristo, y la institución del santísimo Sacramento,





y donde lavó los pies a sus discípulos, y adonde vino el Espíritu Santo el día de Pentecostés, y adonde habitaba nuestra Señora. Era este santo Cenáculo el convento donde habitaban los frailes franciscos, y de treinta años a esta parte lo quitó el Gran Turco a los frailes. La causa dicen que fue que unos Judíos dijeron al Gran Turco que allí era la sepultura de David, y que no era razón que los cristianos pisasen la sepultura del profeta y rey David. Y como los turcos tienen en veneración a los profetas del viejo Testamento, mandó que tomasen casa los frailes dentro de Jerusalem. Y así se entraron en la ciudad, y compraron una buena casa, que es adonde ahora viven, que se llama san Salvador como ya se ha dicho, aunque por estar en lugar tan alto como el castillo, que se dice de los pisanos, que es la fortaleza de la ciudad, los turcos les derribaron mucha parte de los aposentos altos, porque no estuviesen a las parejas del dicho castillo, y así lo que fue aposentos, son ahora terrados.

Este santo Cenáculo era la casa real, y todo lo que está despoblado a la redonda de él era lo más principal de la corte del rey David, y de los demás reyes. Ahora está solamente la casa e iglesia del santo Cenáculo; lo demás está despoblado.

Salidos de la casa de Caifás y de la ciudad, bajando un poco por el monte Sión hacia el oriente, es el lugar donde llevando los apóstoles a sepultar el cuerpo de la Virgen nuestra Señora, los judíos quisieron quitarlo de las manos de los apóstoles, y a un sacerdote de ellos que llegó al lecho se le secó un brazo, y después se le fue restituido, y se convirtió a la fe de Cristo. No hay otra señal de este santuario, sino un montón de piedras; aquí hay muchas indulgencias.

Bajando un poco más por el monte Sión, cerca del muro de la ciudad, es el lugar donde san Pedro gimiendo *flevit amare*. Un poco más abajo llegamos al muro antiguo, donde está una grande iglesia y casa, como monasterio, que por la parte que la vemos es muy hermosa, y en lo más alto de la torre está una media luna de hierro grande. Esta iglesia es adonde fue la Virgen nuestra Señora presentada siendo niña con las demás vírgenes.





Es ahora muy principal mezquita de los moros, y está dentro del compás donde está el templo de Salomón, que es de los muros adentro.

Bajando lo que resta del monte Sión venimos al valle de Josafat, (de que adelante se dirá) por llevar la orden que se tuvo en andar las estaciones por la otra parte de la ciudad. Y volvamos a nuestro monasterio de San Salvador, para que de allí las prosigamos.

Otro día comenzando las estaciones, venimos por la vía dolorosa, que son las calles por donde Cristo fue a morir, llevando la cruz auestas, desde la casa de Pilato hasta el Calvario. Dejamos a la mano derecha la iglesia del dicho Calvario y santo sepulcro, que no entramos en ella, porque la guardamos para la última estación.

Vimos la casa que dicen fue de la mujer en cuyo poder nuestro Señor dejó señalado su rostro santísimo en un lienzo en dos partes, que el uno vemos en Roma, que le llaman el vulto santo, y el otro en la iglesia de la ciudad de Jaén. Vimos en esta calle la casa del rico avariento que no quiso dar al pobre Lázaro de sus migajas.

Vimos el lugar donde el Cirineo tomó la cruz de Cristo para ayudarle a llevarla; aquí en esta misma calle fue adonde a Cristo le lloraron las mujeres, y les dijo, *filiae Hierusalem, etc.*

Vimos más la casa de Pilato, de la cual sale un arco donde están dos ventanas que son las mismas piedras de aquel tiempo, de donde Pilato mostró al pueblo a Cristo cuando dijo, *Ecce homo.*

Debajo de este arco pasa la calle principal. Esta casa de Pilato sirve ahora de casa de justicia. Hay muchos santuarios destruidos de muchos misterios; uno de ellos es donde nuestra Señora, viendo a Cristo con la cruz auestas, sintió uno de los acerbos dolores que se pueden imaginar. En todo esto hay muchas indulgencias. Vimos cerca de esta casa, una calle arriba, la casa del rey Herodes,





adonde Pilato envió a Cristo y fue despreciado del rey, y de su ejército, y, vestido de una ropa blanca, lo tornó a remitir a Pilato. Vimos la cárcel de san Pedro, de donde le sacó el ángel. Aquí hay un pedazo de iglesia muy bien fabricada. De esta historia hace la iglesia fiesta el primer día de agosto.

Prosiguiendo nuestro camino por estas calles por donde Cristo fue derramando su preciosa sangre, venimos al templo de Salomón, y sin entrar en él (porque ningún cristiano tiene licencia para ello, y si entrase por su voluntad le costaría la vida, o había de renegar de nuestra fe) vimos la piscina que está junto al dicho templo donde sanó Cristo al enfermo de treinta y ocho años de su enfermedad; ahora está sin agua y llena de yerba y malos árboles; hay alguna muestra de los portales que había entonces.

Esta piscina está cerca de la puerta de la ciudad, y de la casa de san Joaquín, y santa Ana, padres de nuestra Señora, donde fue su santa Concepción. Aquí entramos en este santo lugar, que está casi debajo de tierra, y en general los más de los edificios lo están, porque con la antigüedad del tiempo ha crecido la tierra cayendo unos edificios sobre otros.

Salidos por la puerta de la ciudad (que se dice de san Esteban) bajando como sesenta pasos está una señal de muchas piedras donde fue una iglesia en el lugar donde fue apedreado.





Capítulo cuarto

En el valle de Josafat.

Bajando otros cincuenta pasos llegamos al valle de Josafat, que es bien angosto. Este valle está entre el monte Olivete, y el monte Sión o Jerusalem, que todo es una cosa, porque la ciudad está edificada en el dicho monte Sión, y así parece que el dicho valle es como foso de la ciudad; al presente no llevaba agua, mas cuando llueve dicen que va muy lleno, porque la lluvia que baja del monte Olivete y monte Sión se recoge en este valle.

Hay por este valle buenos olivos, y algunas higueras, y hortaliza. Pasando una puente lo primero que visitamos en él es una hermosa iglesia de cantería muy bien labrada, y entrando por ella bajamos por una muy ancha escalera que tendrá casi cuarenta escalones. A la mano derecha de la escalera están dos sepulcros en una capilla; uno es de san Joaquín, y el otro de santa Ana, padres de nuestra Señora. En la otra parte, en otra capilla enfrente de esta, está la sepultura de san José, esposo de la Virgen nuestra Señora.

Llegando a lo bajo de esta iglesia vemos una grande nave, y la dicha escalera, con una capilla que está frontero, hace como un crucero la iglesia.

En la capilla mayor, en medio de ella, sin tocar a ninguna de las paredes, como una isleta, está una capilla tan pequeña que no caben más de tres hombres; aquí está el dichoso sepulcro de nuestra Señora. Es este sepulcro de piedra con una losa que lo cubre, sobre la cual decimos misa. De esta santa iglesia tienen llave





nuestros frailes franciscos, y las demás naciones cristianas, para entrar cuando quieren celebrar. Cerramos las puertas por de dentro, porque los turcos y los moros no entren a perturbarnos, y así quietamente dijimos misa cuatro sacerdotes sobre el sepulcro de la Virgen, que sirve de altar. Es gran regalo decir aquí misa, y gánanse grandes y muchas indulgencias. La lumbre que esta iglesia tiene, es por una ventana que está en la capilla mayor, que está al oriente, y así mismo entra alguna luz por la puerta de la iglesia, pero no es bastante para andar por ella sin lumbre de cera que llevamos. Este edificio viene la mayor parte a estar debajo de tierra. Aquí vienen todos los sacerdotes de todas las naciones cristianas a celebrar en especial el día de la Asunción de nuestra Señora. Hay en esta iglesia una cisterna de muy buena agua.

Salidos de esta bendita iglesia, a pocos pasos de ella, entramos en una cueva grande y redonda, y de alto como una lanza, y toda ella es peñasco, bien clara, porque tiene en lo alto una grande abertura, por donde entra mucha luz. Esta cueva es en la villa y huerto de Getsemaní, adonde Cristo oró a su padre eterno aquella trina oración, donde sudó gotas de sangre, y adonde el ángel le apareció y confortó. Considerar en este sacro lugar que allí derramó sudor sanguíneo, mueve los corazones por duros que sean a devoción y contrición. Salidos de esta cueva, que fue oratorio de Cristo, a cuarenta pasos poco más o menos, se nos mostró el lugar donde los tres discípulos san Pedro y san Juan, y Santiago estaban durmiendo y Cristo los despertó y reprendió por no estar velando y orando. Un tiro de piedra más adelante está el lugar donde quedaron los ocho discípulos. Otros cuarenta pasos más adelante es el lugar donde Cristo fue entregado de Judas y preso. Aquí esta hecho un callejón de ocho pasos con piedras que señala el lugar. En todos estos santuarios hay grandes indulgencias.

Pocos pasos más adelante es la puente del arroyo del Cedron. Todo lo dicho desde el huerto de Getsemaní hasta aquí se va por la raya del monte Olivete, y junto al valle de Josafat donde está esta puente del Cedron. Pasada esta puente se comienza a subir una grande cuesta junto al muro de la ciudad por donde llevaron atado a Cristo nuestro Redentor a casa de Anás.





En este mismo valle hay muchas cosas así antiguas, como de devoción. Aquí está un hermoso edificio cavado en la peña a modo de una capilla redonda todo de una pieza, excepto el capitel; éste es el sepulcro de Absalón, hijo de David. Hay en él una gran abertura; ésta se ha hecho de pedradas que le tiran los moradores de esta tierra, en castigo que fue mal hijo que persiguió a su padre.

Cerca de aquí hay otro edificio medio caído, en memoria de que estuvo allí Santiago el menor, desde que fue Cristo preso hasta que resucitó y le apareció, y le dijo que comiese, porque él había propuesto de no comer hasta verle resucitado.

Cerca de todo lo dicho está Aceldemach, que es lo que dicen el campo santo. Es un edificio de cuatro paredes fuertes y encima un terrado, que será de cuarenta pasos de largo, y de ancho como treinta, poco más o menos. En él están cuatro o cinco bocas por donde echan los difuntos que aquí se entierran; colgándolos de una sogá caen abajo. Este campo se compró de los treinta dineros que Judas recibió de los fariseos en precio y venta de Cristo nuestro Redentor. Es sepultura de peregrinos desde entonces hasta hoy. Cerca de aquí se nos mostró el lugar donde el malaventurado de Judas se ahorcó. Junto a este lugar son las sepulturas de los judíos, que parece que lo tomaron por patrón para acompañarle en el infierno.

Cien pasos de aquí está una cueva, donde los apóstoles estuvieron escondidos hasta la resurrección. Más adelante está la casa que dicen del mal consejo, donde se determinó que Cristo muriese, diciendo Caifás que convenía que un hombre muriese por el pueblo, y no que pereciese la gente.

De aquí fuimos por la otra ribera de este valle de Josafat, y cerca del muro de la ciudad está una fuente que se llama de nuestra Señora, que desciende según dicen, del templo que arriba dijimos, donde se crío la Virgen, y de donde se cogía agua para beber y para lo demás del servicio de la casa. Es de muy buena agua, y la bebimos con devoción, por haber bebido nuestra Señora de allí.





Hay otra fuente cerca de ésta, que se llama de Syloe, adonde envió Cristo al ciego que se lavase del lodo que le puso en los ojos, hecho de tierra y su bendita saliva, y quedó con clara vista. Es buena el agua, y del remanente de esta fuente se riegan algunas huertecillas.

Otra fuente hay a la salida de la ciudad a la parte del mediodía, que dicen hizo el rey Salomón, y trajo esta agua por conductos desde Belén del *fon signato*; la fuente cae sobre la casa que fue de su madre Bersabé. Bebimos de ella a la ida y venida de Belén, con esta curiosidad de ser tan antigua, y hecha por el rey Salomón. No vi otras fuentes en Jerusalén, dentro ni fuera, porque toda el agua que bebe la ciudad, y la de los campos, es de cisternas de la llovediza, y es muy buen agua, aunque a muchos hace daño su frescura.



Capítulo quinto



Del sagrado monte Olivete, y Betania.

En este bendito monte Olivete obró Cristo nuestro Redentor muchas cosas pertenecientes a nuestra redención, porque demás de las que arriba hemos dicho, que se obraron a la raíz o pie del dicho monte, en todo él hay mucho que considerar y reverenciar; diremos ahora solamente del lugar de la Ascensión, y volveremos a bajar por ir por el camino que Cristo nuestro Redentor muchas veces fue a Betania.

Comenzamos a subir cerca de la iglesia del sepulcro de nuestra Señora, y a pocos pasos paramos donde dicen que viniendo la Virgen de las estaciones del





sacro monte Olivete (que de ordinario hacia después que Cristo subió a los cielos) vio sacar a apedrear a san Esteban, y que estuvo en este lugar en oración hasta que fue muerto. Subimos un poco más y paramos en un lugar donde dicen que recibió la cinta de nuestra Señora el apóstol santo Tomás.

Un poco más arriba es el lugar donde le dijeron a Cristo los apóstoles, les enseñase a orar, y les dio la oración del *Pater noster*; hay una iglesia caída.

Más arriba es el lugar donde los apóstoles compusieron el Credo. Subiendo más es el lugar donde mirando los apóstoles y Cristo nuestro Señor a Jerusalén, los apóstoles le alababan mucho la fabrica y hermosura del templo y las piedras estar muy bien labradas, les dijo como todo había de ser destruido, y así lo fue por Tito y Vespasiano, emperadores romanos; así mismo les dijo las señales del juicio final.

Hay otros santuarios que los moros tienen en guarda, y son algunos de ellos mezquitas. El lugar de la Ascensión no es mezquita, pero tienen los moros la llave, y si no les pagan no dejan entrar a los cristianos.

En la cumbre de este sacro monte, vemos una iglesia grande, y la mayor parte caída. En medio de ella está una capilla redonda de bóveda entera, y en medio está una piedra de dos palmos poco más en alto, donde está ahora sólo un pie señalado, que dicen que nuestro Redentor dejó estampado cuando de aquí subió a los cielos; el otro pie dicen que lo llevó un príncipe cristiano, no sé quién es.

Este pie besamos muchas veces con devoción. Es este lugar de grande alegría para todos los cristianos que lo ven, porque nos parece que vemos a Cristo ir subiendo por las nubes, y a la Virgen nuestra Señora, su madre, y a los apóstoles tener sus ojos y corazones suspensos mirando el camino del cielo que Cristo hacía para sí y para sus fieles.





Salidos de este tan admirable lugar, fuimos por lo alto del dicho monte, y llano de él, a la parte del septentrión, poco más de doscientos pasos, a una torrecilla y casa donde se nos dijo que en aquel lugar vinieron los ángeles y dijeron a los apóstoles el día y hora de la Ascensión, *viri Galilei*, y por esta razón se llama la Galilea pequeña. Este bendito monte Olivete es hermoso en su hechura; tiene muchos árboles, como son olivos (de que toma el nombre) e higueras, y otros árboles y viñas. Está a la parte oriental de Jerusalén. De tal manera están hermanados, este monte con el monte Sión, que todo lo que ellos tienen, se ve del uno al otro, y mirar desde el monte Olivete (que es un poco más alto) a Jerusalén, es una de las más hermosas vistas de ciudad que hay en el mundo, aunque es ahora pequeña, porque Jerusalén está asentada en el monte Sión de la manera que está un libro sobre un atril, y así se pueden contar todas las casas, y torres de arriba abajo sin que se esconda nada. Son las más de las casas de bóveda como de capillas de iglesia, y todas de terrados, porque hay pocas o ninguna que tenga madera, y como ya es dicho tantas torres, y casas blancas de piedra, y un hermosísimo muro que tiene; es alegrísima vista, que no nos hartamos de mirarla. Será la ciudad de cuatro mil vecinos, poco más o menos, aunque debió de ser de las grandes del mundo, como parece por las ruinas que hay por aquellos cerros de que toda ella está cercada. Las calles que atraviesan de mediodía al septentrión son llanas, y las que son de poniente al oriente son cuesta abajo, aunque no son muy riscosas, que bien puede correr un caballo por ellas. De aquí vemos muy bien el templo en el lugar que estuvo el de Salomón, que ahora es mezquita de los moros y turcos. Está en medio de un grande cuadro murado, que un ángulo de él es el muro de la ciudad, en un prado muy desembarazado y limpio, con algunos árboles. Es este templo a manera de un cimborrio, fabricado de mosaico y riquísimas columnas, y tablas de mármol y jaspe, que es hermosísima cosa de ver por de fuera; no se puede entrar en el so pena de la vida, o renegar, y así mismo en todas sus mezquitas, como está dicho, aunque en ésta hay más rigor, porque después de la casa de la Meca, donde está el cuerpo, o zancarrón de Mahoma, es la más principal mezquita que tienen. Algunas veces oíamos a un moro desde una torre llamar a su





oración dando grandes gritos, y así lo hacen en todas sus mezquitas, porque no tienen campanas, ni las consienten tener a los cristianos.

Bajando de este bendito monte Olivete por donde subimos, aunque fuimos una vez por la otra parte a Betania, quisimos ir otra por donde Cristo fue pocos días antes de su pasión.

Vueltos al arroyo del Cedron, comenzamos a subir por la ladera de este sacro monte Olivete a la redonda de él; por aquí hay algún llano. Éste es el camino por donde iba a visitar a sus devotas María Magdalena y Marta Cristo nuestro Redentor. Hay de Jerusalén por aquí a Betania menos de media legua.

En este camino se nos mostró una huerta adonde estaba la higuera que maldijo Cristo.

Llegamos a Betania, que será al presente de sesenta casas, y más parecen madrigueras de conejos que casas de hombres, porque están casi debajo de tierra. Fue en otro tiempo grande y buena población. Llegados a este lugar entramos en casa de Simón leproso, que son dos capillas de piedra bien labradas, en el lugar donde Cristo cenó con Lázaro resucitado, y María Magdalena le ungió. Está un altar entero que se dice misa el día que se canta este Evangelio; al presente es establo de cabras y bueyes, que tendrán bien que limpiar cuando hubieren de celebrar aquí. Y aunque da tristeza ver el mal tratamiento que estos lugares tienen por estar en poder de los moros, la devoción y fe de los católicos no desmaya, porque consideramos que permite Dios que esté esto de esta manera ahora, por su secreto juicio.

Visitamos cerca de aquí el sepulcro de san Lázaro; tienen la llave del los moros, y de buena gana nos abren, dándoles algún dinero. Entramos en él por quince o más escalones debajo de tierra al lugar donde estaba sepultado y Cristo le resucitó; es lugar de gran devoción, considerando las lagrimas de Cristo nuestro Redentor, y de María y Marta, y las demás gentes que allí estuvieron con los apóstoles. De este lugar fuimos pocos pasos más adelante, y vimos un castillo y





casa que fue de san Lázaro, aunque está la mayor parte arruinado, bien parece haber sido casa de hombre principal.

Fuimos a casa de María Magdalena, y a otra de Marta, las cuales están destruidas. En el camino está una piedra donde dicen que estuvo Cristo sentado hasta que vino Marta y le dijo *Domine si fuisses hic*, etc.

Todo lo dicho está fuera de poblado, aunque en aquel tiempo era dentro de Betania.

De aquí fuimos subiendo por un cerro como trescientos pasos, y llegamos al lugar donde fue Bethfagé, de donde Cristo envió a los apóstoles por el asna y el pollino, y subiendo en ella desde este lugar, hizo el triunfo y solemne entrada en Jerusalén el día de Ramos. En este lugar no hay otro edificio, sino unas higueras por señal. De aquí se ve muy bien y claro algunas casas de la ciudad de Jericó, que todas son pocas. Está edificada en unos grandes llanos que van a dar al río Jordán; estará Jericó de Jerusalén tres leguas poco más o menos.

De aquí vemos un lago que tendrá de largo tres leguas poco más, y de ancho dos. Este lago es del río Jordán, y en él se acaba, que no tiene otra corriente ni salida. Este lago se llama el mar Muerto, debajo del cual están las malditas ciudades de Sodoma y Gomorra. Vemos desde este monte otro monte que estará casi una legua, donde Cristo nuestro señor ayunó los cuarenta días y cuarenta noches, y fue tentado del demonio. Pasado por esta parte el Jordán (el cual está de Jerusalén ocho leguas poco más) comienzan los montes de Arabia.

Salidos del lugar de Bethfagé, vamos subiendo a la cumbre del monte Olivete, llevando el rostro hacia el septentrión y declinado al poniente, pasando por la iglesia de la Ascensión, descendimos al lugar donde Cristo viendo a Jerusalén, lloró sobre ella diciendo *si cognovisses*, etc. Y habiendo descendido a lo llano del valle de Josafat, subió a la ciudad y templo, entrando por la puerta áurea, que al presente está en el muro cerrada de cal y canto, habiéndole salido por este





camino a recibir el pueblo de Jerusalén con ramos de palmas, y cantando los niños *Hosanna in excelsis*.

Esta representación se dice que hacían cada año los frailes latinos en el mismo día de Ramos, yendo el guardián con doce frailes, y vestido como preste, representando a Cristo y a los doce apóstoles, venían a Bethfagé, y mandaba a dos frailes fuesen por un asna, y su pollino, y le ponían en ella caballero, y los frailes cantando a la redonda del preste, y llorando de devoción diciendo himnos y versos a este propósito. A esta procesión salían de la ciudad mucha gente, así de las naciones cristianas, como de las infieles, y les echaban ramos y sus vestiduras por donde pasaban. Los moros y turcos estaban como pasmados*, mirando esta procesión, sin perturbar a los cristianos, que parecía milagro, y así lo es, pues no tenían manos ni lenguas para impedirles, porque Dios no les daba poder. Y subiendo al santo Cenáculo adonde entonces era su convento, proseguían el oficio del día. Esta procesión no se hace ya, porque el Turco lo tiene mandado.



Capítulo sexto



Del bendito camino y ciudad de Belén.

Tiempo es ya de tratar del bendito y alegrísimo camino que hay desde Jerusalén a Belén, que son dos leguas a la parte del mediodía. Salimos de la ciudad cuando salía el sol por la puerta de Jafa, y pasando por la fuente de Salomón y la casa de Bersabé su madre, subimos una cuestecilla y luego comienza el camino todo llano, aunque hay muchas piedras. Es este camino muy apacible,





porque la una legua de él todo es heredades de viñas, y olivares, y frutas, y muchas torrecillas, y casas que hacen una hermosa vista, y muchas de ellas fueron casas de profetas, y algunas han sido iglesias. Vimos en un campo una gran suma de piedras tan pequeñas como garbanzos y de su hechura, de lo que se dice de esto es que la Virgen vio a un labrador sembrar garbanzos, y le pidió le diese de ellos, y él respondió burlando que no eran garbanzos sino piedras, y así se quedaron hasta hoy; estos garbanzos yo los vi y traje de ellos.

Vimos en este camino un árbol grande que me pareció lentisco, y le nombran terebinto; de éste tomamos ramos con devoción, porque a la sombra de él dicen reposó la Virgen nuestra Señora. Vimos el sepulcro de Raquel, el cual tienen en guarda y por mezquita los moros, es muy hermoso edificio, dentro de un muy pulido cuadro como un muro cubierto con un capitel sobre columnas. Vimos una cisterna de mucha y buena agua, adonde los santos tres Reyes Magos se recrearon y alegraron en gran manera, porque allí les tornó a aparecer la estrella que se les había escondido antes que entrasen en Jerusalén, y desde allí los guió hasta el lugar donde estaba el niño Dios en el portal de Belén.

Vimos así mismo una iglesia de griegos, que es la casa donde estuvo Elías; vense muchas antiguallas dignas de ver, y curiosas en este camino. Desde esta casa de Elías, se descubre en un cerro la muy dichosa y deseada ciudad e iglesia de Belén.

Cuando la vimos todos los peregrinos y frailes que con nosotros iban, de rodillas en tierra cantando himnos y oraciones, dimos muchas gracias a Dios. Fuimos cantando hasta llegar a la ciudad y puerta de la iglesia, la cual está fuera de las casas de la ciudad que ahora tendrá pocos más de sesenta vecinos. Entramos por la puerta principal de la iglesia que está frontero de la capilla mayor, y a la mano siniestra de la entrada, está la puerta del monasterio, y por estas dos puertas se mandan. Saliéronnos a recibir los frailes franciscos que allí hay, que serán como nueve o diez. Fuimos a hacer oración a su iglesia que se llama de santa Catalina. Esta iglesia y monasterio y la iglesia grande del Nacimiento, es un cuerpo; dijimos misa en esta iglesia el día que llegamos.





Después de dicha, los frailes y peregrinos en procesión con velas encendidas, bajamos por una escalera que está en la pared y lado de la Epístola por veinte escalones a unas cuevas donde están fabricadas en la peña viva estas capillas que diré. Un altar donde fueron muertos muchos de los niños Inocentes; pocos pasos más a dentro a un lado está un sepulcro de san Eusebio, discípulo de san Jerónimo. Dos pasos más adentro, están en una capilla el sepulcro de santa Paula y su hija Eustochio. En frente en la misma capilla, está el sepulcro de san Jerónimo. Más adentro está una muy buena capilla adonde san Jerónimo estuvo mucho tiempo, y adonde trasladó la Biblia. A todo se va en procesión todos los días, cantando antífonas y versos sobre cada estación de estas, y se ganan muchas indulgencias. Salidos de aquí, entramos por un pasaje angosto para entrar en la capilla del Nacimiento, que parece que entramos en el Paraíso.

Esta capilla donde parió la Virgen al hijo de Dios es en la peña viva como esotras, será de doce pasos de largo, y de ancho cuatro, y de dos estados en alto. Toda ella está cubierta de mármol y jaspe, y de mosaico hermosísimo. Hay un altar que es una losa, y debajo de ella está vacío, porque el suelo es el lugar puntual donde nació Jesucristo, hijo de Dios, hombre y Dios verdadero. Está señalado este santísimo lugar con una losa muy blanca y en medio una estrella de jaspe. Sobre este celestial altar dijimos dos días misa del Nacimiento. Dos pasos de este altar está un lugar como una piletta de mármol cuadrada más bajo que el suelo, donde fue reclinado el niño Jesús nuestro Dios en el pesebre. Aquí está descubierto un pedazo de peñasco tan dichoso que gozó (si se puede decir) del resplandor y gloria de Dios humanado, y digo verdad que este peñasco nos dio más contento que todos los demás jaspes y mosaicos. Muy discretos fueron los edificadores de este santísimo lugar en dejarle descubierto.

Entre el lugar del Nacimiento y del pesebre está un altar de mármol que señala el lugar donde ofrecieron los Reyes sus dones. Yo, como músico, tuve mil ansias y deseos de tener allí todos los mejores músicos del mundo, así de voces como de instrumentos, para decir y cantar mil canciones y chançonetas al niño Jesús y a su madre santísima, y al bendito José, en compañía de los Angeles, y Reyes, y





Pastores, que en aquel diversorio se hallaron, que aunque era al parecer tan pobre, excedía a todas las riquezas que se pueden imaginar.

A los lados del altar del Nacimiento hay dos escaleras por donde suben a la capilla mayor de la iglesia principal, porque el lugar del Nacimiento, y esotros que hemos dicho, están debajo de la iglesia. Esta santa iglesia que está encima del Nacimiento, es hermosa en gran manera, aunque está desnuda en parte de su hermosura, porque todas las paredes y suelo de ella estuvieron cubiertas de losas de mármol, y los turcos las han quitado de pocos años a esta parte para llevar a sus mezquitas. Es de tres naves, la de en medio es bien alta, están edificadas sobre columnas de mármol muy ricas y grandes, y bien labradas, de una pieza cada una, que serán como cuarenta y ocho columnas.

Sobre las columnas están asentadas vigas que atraviesan de la una a la otra, de cedro muy bien labradas, y de allí arriba hay otros arcos de piedra, y sobre ellos en un lado está labrado de mosaico riquísimo, la generación de Cristo nuestro Redentor, como lo escribió san Mateo. Y del otro lado, como la escribió san Lucas, de figuras de medio cuerpo arriba con sus nombres.

Junto a la capilla mayor está un altar adonde el niño Dios fue circuncidado. En esta hermosa iglesia que hemos dicho se dice algunas veces misa, y no de ordinario, porque los turcos hacen lo más del día morada en ella, y como son tan sucios tienen esta iglesia poco limpia.

El guardián nos subió por los terrados de la casa y de la iglesia, y de allí vimos el lugar y prados donde estaban los pastores cuando el ángel les dijo cómo Cristo nuestro Salvador era nacido, y adonde la multitud de ángeles cantaron *Gloria in excelsis Deo*. Estará de Belén como un tercio de legua.

Vimos el cerro donde estaban las viñas de bálsamo, en tiempo de Salomón, que se dice Engadi; estará una legua poco más de Belén. Salimos de esta santa casa como cien pasos, y entramos en una cueva (de que los moros tienen la llave) adonde estuvieron la Virgen y niño Jesús y José escondidos cuando el ángel les





dijo que huyesen a Egipto de Herodes que lo quería matar. En esta cueva dicen que dando el pecho la Virgen al niño Jesús, cayó de la leche en el suelo, y así llevan por devoción tierra de este lugar para dar a mujeres que tienen falta de leche, y echando en un vaso una poca de aquella tierra, en agua o vino, bebiendo de ella, vienen a tener leche las que no la tienen para sus criaturas, conforme a la fe de la que usa de ella.

Aquí nos hospedan los frailes dando de comer y camas a todos los peregrinos con mucho amor, sin pedir recompensa, aunque todos damos limosna conforme a lo que se ha gastado, unos más y otros menos, y si no diéramos nada, su caridad supliría esta falta.

La mayor parte de los edificios de esta casa fueron edificados en tiempo de san Jerónimo por santa Paula. Aquí habitaron hasta su muerte. Lo que está arruinado se puede reparar, mas no quieren los turcos. Es bastante vivienda para los frailes; tienen dos jardines en que hay naranjos y otros árboles, y flores y hortaliza, y en ellos harto espacio para holgar y pasear, y muy hermosas vistas, que en todas ellas hubo cosas notables, antiguas. Tienen un dormitorio para peregrinos como una nave, donde pueden estar doscientos. Salidos de este bendito lugar, que parece que se aparta el alma del cuerpo, volvimos a Jerusalén por el camino que fuimos.





Capítulo séptimo

De la iglesia del Calvario, y santo Sepulcro.

Habiendo ya visto lo que toca a Belén, pedimos al guardián diese orden como entrásemos en la iglesia del santo Sepulcro y Calvario, y concertado el día y hora con el Subasi, que es el gobernador de la ciudad, y tiene las llaves de la santa iglesia (la cual siempre está cerrada, y no se abre sino cuando él quiere, o es avisado del guardián para que entren frailes, o peregrinos, o alguna de las otras naciones cristianas). Llegado el día, que fue jueves en la tarde, vino el Subasi con el escribano y portero, y sentose a la puerta de la santa iglesia en un poyo, sobre un tapete y cojines de terciopelo, y llegó el guardián con otros frailes, y un cristiano de la tierra que se llama Ana, muy buen hombre y fiel intérprete del convento, que habla bien italiano, y su lengua arábica, que es la común en toda Palestina y Siria. Llegados siete peregrinos que éramos, dio el guardián cuenta al Subasi turco de nosotros, y preguntándome a mí nuestro intérprete (que era el primero) cómo tenía por nombre, le respondí que mi nombre era Alberto, porque pareciese nombre tudesco y no español, que es cosa peligrosa que sepan que somos españoles, porque piensan que somos espías, y nos toman por esclavos, y con hablar italiano los aseguramos de esta sospecha.

El turco escribió mi nombre con una pluma de caña, y dile nueve cequíes de oro, que cada uno vale quince reales, y lo mismo dio mi compañero. Los frailes sacerdotes ninguna cosa pagan, los frailes legos pagan la mitad; esto es la primera vez que se entra en la santa iglesia, que después todas las veces que se abre se entra con no más de dar uno o dos maydines al portero.





Entrando la puerta adentro de esta santísima iglesia, no puede estar la vista un momento ociosa, y así luego nos ocupamos en mirar de arriba abajo lo que hay en ella.

Lo primero que se nos ofrece es el lugar donde fue ungido nuestro Redentor para sepultarle; y a la mano derecha en la misma nave es el santísimo monte Calvario.

A la mano siniestra en la nave del medio, frontero de la puerta del coro al poniente, es el santo sepulcro de nuestro Redentor. En medio de la iglesia está el coro, el cual tiene cuatro sillas patriarcales adonde algún tiempo estuvieron juntos los principales patriarcas de la cristiandad. Tiénenlo a su cargo los griegos, y allí tienen su altar mayor de figuras de santos muy bien pintados y dorados. Las naves son derechas, excepto que a la parte del oriente y poniente son redondas a manera de coliseo. La iglesia es de hermosa fábrica; en lo alto en algunas partes es de mosaico, y las paredes estuvieron otro tiempo cubiertas de mármol; ahora está descubierta la piedra. No pierde su hermosura esta excelentísima fabrica, aunque le falta esto.

Las naciones de cristianos que hay en Jerusalén de diversos reinos, y provincias, y lenguas, son estas:

Latinos, jacobitas, griegos, abisinios, armenios, surianos, gorgios, maronitas.

De cada una de estas naciones hay dos o tres religiosos repartidos por las capillas de esta santa iglesia, los cuales dicen el oficio divino cada uno a su modo y lengua, y tienen cuidado de sus lámparas, que estén encendidas y limpias. La estancia de nuestros frailes franciscos latinos es la mejor, porque tienen refectorio, y dormitorio, y todo lo que basta para poder estar treinta personas. Estas naciones comen y duermen dentro en esta santa iglesia, y así mismo los peregrinos que dentro de ella están, dándoles de comer y lo que piden por un agujero que tiene la puerta como ventana que cruza con dos barretas de hierro. Por esta ventana hablan y negocian, y se ve un pedazo de la





iglesia desde la puerta. Por esta ventana hacen oración los de fuera. Tiene puesta el Turco tal orden para que tengan conformidad y hermandad entre sí estas naciones, la una con la otra, que si una lampara se estuviese apagando, y quisiese el vecino atizarla por comedimiento, le penarían en muchos ducados, y así con este rigor hay suma paz entre todos, y nadie se entremete en el negocio del otro.

Los santuarios son comunes de todos, en cuanto a visitarlos a cualquiera hora que cada uno quiere, porque todos están perpetuamente abiertos. Y como la puerta de la iglesia está siempre cerrada, está todo lo de dentro muy guardado; y así es gran contento y devoción poder entrar libremente a todos los santuarios de esta dicha santa iglesia, así de noche como de día, porque es grande el alegría que hay en ella por la muchedumbre de lámparas que arden siempre. También es común de todos tener lamparas en cada santuario, unos más, y otros menos, y cada uno cuida de las suyas.

Comenzamos nuestra procesión peregrinos y frailes en esta santa iglesia, con velas encendidas, cantando el himno y antífona del santuario que vamos a visitar, y llegando el que va vestido de preste nos dice el misterio que allí pasó, con la indulgencia que se gana.

Fue la primera estación una capilla que se dice la cárcel de nuestro Salvador, en la cual estuvo en tanto que los judíos esperaban que la cruz y el lugar donde ponerla fuese aparejado.

Pasando más adelante visitamos una capilla en la cual los soldados que prendieron a Cristo echaron suertes sobre sus vestiduras.

Pasando más adelante entramos por una puerta, y bajando treinta escalones, llegamos a la capilla de santa Helena, madre del emperador Constantino, donde está una silla de piedra junto a un altar en que ella se sentaba mientras iban cavando más abajo buscando la cruz.





Aquí en esta silla de santa Helena hay muchas indulgencias. Bajamos otros once o doce escalones, los cuales son de la misma peña del monte Calvario donde santa Helena halló la cruz de Cristo nuestro Redentor, y el título y clavos, y las demás cruces de los ladrones; llámanse estas capillas la Invención de la Cruz. Están muy bien fabricadas y muy espaciosas, aunque están debajo de tierra que corresponde al Calvario.

Salidos de esta capilla, visitamos otra donde está un pedazo de una columna donde Cristo estuvo asentado cuando los ministros de Pilato, después de haberle azotado, le coronaron de espinas. De aquí fuimos a visitar el sagrado monte Calvario; subimos a él por diecinueve escalones, que parece que entramos el cielo. Estando en lo alto, vimos una capilla que son dos estancias a modo de tribuna, que corresponde a la primera nave de la iglesia. En la primera es el lugar sacratísimo donde fue el hijo de Dios ensalzado en la cruz. En este lugar está el agujero donde estuvo la Santa Cruz fijada; tiene un brocal de plata, y poniendo en él los ojos y boca, lo adoramos y besamos como santuario tan admirable. Dentro de este precioso agujero pusimos los brazos desnudos; tendrá de hondura como tres palmos. A los lados están señalados los lugares de las cruces de los ladrones, que me parece que tocaban una cruz con otra. Hay entre la cruz de Cristo y el mal ladrón un abertura en la peña de siete palmos en largo, y más de uno en ancho, que llega a lo bajo de la invención de la cruz; ésta se hizo cuando Cristo nuestro Redentor expiró. En la otra parte de la capilla, a tres pasos, es el lugar donde Cristo fue enclavado, estando la cruz en el suelo, y de allí le levantaron y pusieron en el lugar que está dicho. Hay una señal de muchas labores de jaspe y mármol donde pasó este misterio. Esta capilla que se dice de la Crucifixión, y la parte donde fue levantado, toda está cubierta de hermosísimo mármol y jaspe de muchas labores, y el techo todo es de mosaico, donde están colgadas más de cincuenta lámparas de todas las naciones cristianas. Decimos misa en la parte de la Crucifixión, que se divide con una cortina del lugar do estuvo fijada la cruz. Dijímosla el viernes siguiente del día que entramos; fue de la Pasión según san Juan. No se puede decir la grande





devoción que allí se halla, considerando que todo lo que en el Evangelio decimos, se obró en aquel santísimo lugar.

La parte donde nuestro Redentor fue enclavado está a cargo de los frailes franciscos. La parte do estuvo crucificado está al de los frailes que se llaman gorgianos; estos son en extremo devotísimos, que no se quitan de este sagrado lugar, rezando y cantando; son santísimos varones de gran abstinencia y pobreza. Esta estancia del sacro monte Calvario es tan agradable y devota para el alma y el cuerpo, que no cansa estar en ella, que parece que estamos en el Paraíso.

Muy bien parecían aquí cantando algunos discretos músicos las lamentaciones de Jeremías, mirando y considerando el Calvario y santo Sepulcro, porque ambas cosas se pueden ver juntas.

Bajando de este sacro lugar, llegamos al medio de la nave primera que ya hemos dicho, a una losa grande pegada en el suelo, cercada de una reja de hierro de un palmo en alto, y encima están colgadas ocho, o nueve lámparas de todas las naciones. Este lugar es donde Cristo nuestro Redentor fue ungido para sepultarle por sus devotos siervos Nicodemo y José de Arimatea, en presencia de la Virgen nuestra Señora y de las demás santas mujeres, y de su amado discípulo san Juan. Este santo lugar está enfrente de la puerta de la iglesia, y por la ventana que en ella hay se ve, y los de fuera hacen oración, y ganan las indulgencias que en ella hay.

De aquí al santo Sepulcro habrá como cuarenta pasos hacia el poniente dentro de esta santa iglesia. Esta inestimable reliquia tienen a cargo nuestros frailes, y solos los latinos decimos en él misa. La forma del santo Sepulcro es ésta: Antes de la entrada hay una capilla pequeña cuadrada, donde cabrán diez o doce personas, y en medio de ella está una piedra de dos palmos en alto, y otros dos de grueso.





En esta piedra se dice, que el ángel estaba sentado cuando hablo a las Marías, diciéndoles como ya era resucitado nuestro Salvador. Por esta capilla se entra a otra tan pequeña que la puerta será de cuatro palmos en alto, y tres de ancho. A la mano derecha está el santo Sepulcro de nuestro Salvador, donde estuvo su santísimo cuerpo y adonde resucitó. Es un altar como un arca, cubierto con una losa de mármol. Sobre este preciosísimo Sepulcro decimos misa, y no cabe más del sacerdote y el que ayuda. El vacío nadie lo ve, empero lo de encima todos lo gozan y tratan con sus manos, y boca, y ojos.

Encima de este santísimo Sepulcro arden muchas lámparas de todas las naciones. Aquí dije misa por la misericordia de Dios, y el oficio de ella fue de la Resurrección, que fue de grande alegría para mí cuando decía en el Evangelio *Surrexit non est hic, ecce locus, ubi possuerunt eum*. Señalando con el dedo el lugar donde estuvo nuestro Salvador. Ciertamente digo que mueve grandemente esta representación tan verdadera.

Esta capilla del santo Sepulcro, aunque es por de dentro cuadrada, por de fuera es redonda, cubiertas las paredes de mármol.

Encima está un capitel de columnas muy bien labrado, que hace por de fuera muy buena vista; está en medio de un circuito de grandes columnas sin tocar a ninguna parte. El cimborrio de la iglesia que le corresponde es una media naranja de madera de cedro muy antigua. Y en medio hay una grande abertura como corona, por donde entra la lumbré a todo lo bajo. A la una parte de lo alto está el retrato de santa Helena, y de la otra el del Emperador Constantino su hijo, de rico mosaico muy antiguo, y otras figuras de Santos, que casi no se parecen de muy mal tratadas de la antigüedad del tiempo.

Salidos de este santísimo lugar, como diez pasos a mano siniestra, están dos piedras redondas de mármol en el suelo, la una apartada de la otra como tres pasos; en la una estuvo Cristo nuestro Redentor después de resucitado, y en la otra María Magdalena cuando le apareció en figura de hortelano y le dijo *Noli me tangere*.





De allí nos entramos en la capilla y coro de nuestros frailes franciscos, la cual dicen que es donde nuestro Redentor, después de resucitado, apareció a su santísima madre. A la entrada de esta capilla está en la pared, dentro de una reja que podemos llegar los dedos, un pedazo de la columna en que Cristo fue azotado. Con esta estación acabamos lo de esta santísima iglesia. Y en los cuatro días y noches que allí estuvimos encerrados reiteramos muchas veces estas estaciones a solas y en procesión. A la media noche es gran contento oír a todas estas naciones decir maitines, y a cada uno en su lengua y canto.

Salidos de esta santa iglesia a las espaldas de la capilla mayor, y en lo más alto de ella, que es parte del monte Calvario, visitamos una capilla donde fue el sacrificio de Abraham.

Otra capilla visitamos cerca de esta que es adonde Melquisedec le ofreció pan y vino. Estas capillas tienen frailes de Etiopía. Vueltos a nuestro convento de san Salvador estuvimos algunos días esperando a nuestro truchimán para tratar de nuestra vuelta. En estos días reiteramos muchas veces las demás estaciones del monte Sión y Olivete. A este tiempo llegaron a Jerusalén cuatro frailes franciscos que venían del Cairo, los dos italianos y los dos españoles; el principal de ellos se llamaba fray Mateo Salerno, hombre noble del reino de Nápoles, y muy virtuoso que venia por comisario de Jerusalén. El uno de los españoles se llama fray Luis de Quesada, natural de Sevilla. Este padre Salerno trajo dineros y muchas joyas para el servicio del santo Sepulcro; había muchas toallas y corporales, e hijuelas muy ricas, que enviaban por ofrenda señoras de España y de Italia. Llevaba así mismo un rico cáliz que el rey don Felipe nuestro señor envió, y otro cáliz y una lámpara del gran Duque de Florencia muy rico. Todo esto me mostró a mí en la sacristía del monasterio por dar contento a mi deseo, y él holgó porque fuese de ello testigo. Después que estos frailes anduvieron las estaciones en diez o doce días, en las cuales yo les acompañé, porque nunca cansa el ir y venir a ellas, tratamos de nuestra vuelta a Italia, porque no teníamos más que hacer. Y yendo y viniendo nuestro Atala a decirnos que nos volviésemos con él a Jafa, el padre Salerno dijo que en





ninguna manera quería ir por mar la costa de Palestina, porque entraba ya el invierno, y así se resolvió en ir por tierra hasta Trípoli, y yo también en ir en su compañía. Y habiendo yo estado un mes en la santa ciudad, y los frailes quince días, dimos orden en nuestra partida.

Cada uno de los peregrinos dio al guardián la limosna que le pareció, de manera que nuestro hospedaje no quedase desagradecido.

El guardián nos dio las patentes y testimonio de nuestra entrada en Jerusalén, escritas en pergamino, y con el sello del santo Cenáculo.



De nuestra salida de Jerusalén.

Llegado el tiempo de nuestra salida de Jerusalén, el guardián concertó con Atala, nuestro truchimán, y con otros moros vecinos de Jerusalén, que nos llevasen hasta la ciudad de Damasco, que son ochenta leguas. Salimos con estos moros en nuestros jumentos (porque en esta tierra los cristianos no andan a caballo) siete frailes de san Francisco, y seis peregrinos; los dos de estos frailes iban a la ciudad de Alepo, y otros tres iban a Constantinopla; los otros dos, el padre Salerno y su compañero, que se llama fray Serafín, y un lego que se llamaba Julián, español, nos venimos juntos hasta Venecia, y Pedro, tudesco, y Nicolás, polaco de nación.

Despedidos del guardián y tomada su bendición y abrazando aquellos benditos frailes salieron hasta fuera de la ciudad acompañándonos muchos pasos.





Salidos todos los que hemos dicho de Jerusalén comenzamos a caminar, volviendo a cada paso los ojos atrás, mirando las santa ciudad y aquellos benditos montes, Sión, Olivete, nos íbamos despidiendo de ellos con harta tristeza por apartarnos de tan santos lugares, y habiendo caminado como media legua la perdimos de vista. En esta media legua vimos una iglesia que es en el lugar donde Jeremías, mirando desde allí la ciudad y llorando, compuso las lamentaciones.

Llegamos a dormir a una ciudad destruida la mayor parte. Aquí aguardamos una caravana de treinta y tres camellos de mercaderes moros porque todos fuésemos en compañía. Esta ciudad está tres leguas de Jerusalén. Aquí fue donde nuestra Señora perdió al niño Jesús, y de allí volvió a la ciudad a buscarle, y le halló en medio de los doctores en el templo, siendo de doce años. Pasado lo que queda por esta parte de Judea, prosiguiendo nuestro camino, entramos en la provincia de Samaria. Este día hicimos noche en la ciudad de Sichar, que los moros por otro nombre le llaman Nablos. Aquí está el pozo donde habló a la samaritana; no le vi porque entramos de noche; mi compañero que se había quedado atrás con parte de la compañía, me dijo que lo vio, y que no tenía agua. Estuvimos aquella noche dentro de la ciudad, aunque no nos dieron posada, y dormimos en la calle en el suelo. Estuvimos el medio día siguiente, y salimos en la tarde.

En esta ciudad de Sichar estuvo Cristo nuestro Redentor dos días predicando, y convirtiendo los moradores de ella. Es muy graciosa, y fresquísima, será de dos mil vecinos, y muy torreada. Está entre dos montes, que el uno se dice Garisim. Tiene un valle de huertas y fuentes, de los hermosos que se pueden ver, donde hay mucha hortaliza y naranjos, y otros muchos árboles y frutas. Cuando yo vi de la otra parte de esta ciudad (pasando por este valle) tantas fuentes, hice cuenta que en aquel tiempo de la samaritana no las habría, porque no fuera tan lejos al pozo por agua. Aquí habitó Jacob con sus hijos y ganados, y dio a José por mejora una heredad, como lo dice la Escritura. Mostráronnos su casa en la dicha ciudad. Toda esta comarca de Sichar es fertilísima de pan y ganados, y





todo lo necesario para la vida. Otro día llegamos a la ciudad de Sebaste, que es la cabeza del reino y provincia de Samaria, y así se llamaba la ciudad en otro tiempo; ahora está destruida, aunque hay algunos edificios que muestran bien su grandeza antigua. Hay una iglesia de piedra, las dos partes de ella están caídas, y lo que esta en pie, tan bien labrado como cuanto hay en Roma. En el altar de esta iglesia dicen ser donde fue degollado san Juan Bautista, por mandado del Rey Herodes. Es de considerar ver esta ciudad donde residieron tantos reyes tan destruida, que apenas hay cincuenta casas, y esto se ve por toda esta tierra de Palestina, que pasamos por ciudades que fueron muy grandes, y no vemos sino piedras y algunos paredones. Bien se parece ser la voluntad de Dios que estén destruidas por los pecados de aquel tiempo. Aquí se nos dijo que la compañía de los camellos que con nosotros venía, quedándose muy atrás, la robaron alárabes; si fue verdad o no, a lo menos nunca más la vimos. Dimos gracias a Dios por haber escapado de ellos.

Pasada esta provincia de Samaria, que será diez leguas de travesía, entramos en la provincia de Galilea. De la santidad de ella basta decir que Cristo nuestro Redentor la paseó muchas veces, y en ella hizo las maravillas que en los cronistas sagrados leemos. A cinco leguas dentro en la dicha provincia está una iglesia caída (entre ciertos moradores que hacen una pequeña aldea) que se llama Janim, donde sanó Cristo a diez leprosos. Tres leguas más adelante vemos cuatro montes muy preciosos. El uno es el monte Carmelo, que está a la parte del poniente de nuestro camino, cerca del mar Mediterráneo. El otro es Hermon; éste está a la parte del levante, y junto a él está la ciudad de Naym, adonde Cristo resucitó al hijo de la viuda; ahora es una pequeña villa, pasamos de ella como una legua. El otro monte es donde está la bendita ciudad de Nazaret, adonde vino el ángel san Gabriel a saludar a nuestra Señora, y donde encarnó el hijo de Dios; no subimos al lugar, aunque estaba cerca, porque nuestros moros no nos dejaron; vimos blanquear las ruinas de los edificios. La dichosa casa que en esta ciudad estaba, donde la Virgen concibió al hijo de Dios, de doscientos años a esta parte, los ángeles la llevaron a Italia, al lugar que se llama Loreto, habiendo estado en otros dos lugares.





Ha hecho y hace tantos milagros en esta bendita casa que falta lugar en la iglesia donde ponerlos, demás de muchos libros que están llenos.

Hay tanta riqueza de oro y plata, y ornamentos de ofrendas que han hecho papas, y reyes, y príncipes, que no hay iglesia en el mundo que le lleve ventaja. Esta cámara angelical, cercaron los papas con una hermosa iglesia que la tiene en medio; las paredes de fuera de esta santa cámara están cubiertas de mármol labrado de hermosas figuras, donde está la vida de la Virgen nuestra Señora. De parte de dentro están descubiertas las piedras y ladrillos más agradables (aunque tan antiguos) que todas las piedras preciosas del mundo, pues creemos que fueron tocadas de Cristo nuestro Redentor y su santísima madre millares de veces. Hay un altar en medio de esta cámara angelical, donde decimos misa, que divide a una parte la chimenea donde la Virgen guisaba su ordinaria comida; esta dichosa chimenea está cubierta de plata y otras riquezas.

Junto a esta santa iglesia está un suntuoso colegio de la Compañía de Jesús, de muchas naciones. Esta santa casa es muy frecuentada de mucha gente que de toda la cristiandad va en romería.

De esta bendita ciudad de Nazaret salió la Virgen preñada, acompañada de su santísimo esposo José, a escribirse en la ciudad de Belén, por el edicto y mandato general de César Augusto emperador, por ser ésta su ciudad como descendientes de la generación real de David, y allí parió a su unigénito Hijo, y del eterno Padre. Habrá de camino desde Nazaret a Belén treinta leguas poco más o menos.

El otro monte es Tabor. Llegados al pie de este santo monte, vemos dos edificios caídos, uno al principio del monte, y el otro en lo alto, donde estuvo Cristo con sus discípulos san Pedro y san Juan, y Santiago, y se transfiguró delante de ellos y de Moisés y Elías. Allí se oyó la voz del padre eterno diciendo *Hic est filius meus dilectus*.





Este monte demás de la santidad que tiene (por haber Cristo mostrádose allí glorioso, y haberle alumbrado con sus rayos de gloria) es muy hermoso en su postura, alto, redondo, y apartado de otros montes, que parece que fue puesto a mano en aquellos llanos. Prosiguiendo nuestro camino llevando siempre el rostro hacia el norte, llegamos al mar de Galilea, que también se dice de Tiberiades. Hase de entender que aunque se llame mar no lo es, ni tiene que ver con él, porque es agua dulce, y está más de doce leguas apartada del mar Mediterráneo.

En este mar o lago hizo Dios millares de maravillas. Aquí estaban pescando san Pedro, y san Andrés, y en otro barco san Juan y Santiago, cuando Cristo los llamó que le siguiesen, y que él los haría pescadores de hombres, y dejando sus redes le siguieron. A la ribera de este lago están muchas poblaciones, que fueron en otro tiempo ciudades principales, entre ellas Cafarnaum, y Corozaim, y Bethsayda; al presente no hay más de sus ruinas. Junto a este lago, hizo nuestro Señor el milagro con los cinco panes y dos peces.

Por este dichoso lago anduvo sobre sus aguas, y navegó Cristo nuestro Redentor muchas veces. Aquí se manifestó a sus discípulos después de su resurrección.

Este lago será de cinco leguas poco más o menos, y de ancho poco más de dos. Es el agua del río Jordán, que entra en él, y sale corriendo casi cuarenta leguas, hasta el mar Muerto adonde se queda y no sale más.

A la ribera de él hay muchas y hermosas fuentes. Posamos la noche y tarde que llegamos junto a este lago, en Bethsayda, tierra y patria de los apóstoles san Pedro, y san Andrés, y san Felipe. Dionos mucho gusto esta posada, y hacer noche en ella, donde tantas veces estuvo Cristo nuestro Redentor. Es ahora una villeta de menos de cien vecinos. Toda la comarca es de las hermosas que hay en el mundo, y muy fértil, de ganados, y frutas, y palmas. Comimos pescado de este lago, el cual nos supo muy bien, por ser de donde algunas veces lo comió nuestro Redentor, y por ser bonísimo, y por la devoción con que lo comimos, y





por la hambre que llevábamos. Otro día, habiendo madrugado mucho, caminamos por montañas bien ásperas; llegamos antes del mediodía al bendito río Jordán, que aunque no fue por esta parte el bautismo de Cristo nuestro Dios, por ser el mismo río fue grande el alegría y devoción que nos dio su vista. Apeámonos todos (aunque a desplacer de los moros) y llegamos con grande ansia al agua, y bebiendo cuanta se pudo beber, y lavándonos las cabezas, y rostro, y manos, parecía que deseábamos convertirnos en peces, por no salir de aquella bendita agua. El río va por aquí angosto, y se puede vadear; el agua es cristalina, fresca y muy dulce. Pasamos por una puente de piedra bien hecha. Cuando pasábamos por ella, miramos a la mano siniestra unas lagunas que se dicen las aguas Meronas, que son así mismo del río Jordán.

Este bendito río nace de dos fuentes que salen del monte Líbano, la una se llama Jor, y la otra Dam, por manera que de estas dos fuentes, toma el río este nombre. Estas fuentes dejamos a la mano siniestra cuando fuimos de Damasco a Tiro y a Sidón.

Pasado el Jordán (por donde hemos dicho) entramos en tierra de Siria, que comúnmente se dice Suria; en los tres días siguientes llegamos a la ciudad de Damasco. En este camino no vimos cosa notable, más de encontrar muchos señores y caballeros turcos, con mucha gente de a pie y de a caballo, y muchos camellos cargados de sus recámaras y mujeres, y familias, que iban al Cairo.

Aquí en este camino me dio un lacayo turco con un palo un buen golpe, no más que por su pasatiempo, y fuese riendo él y sus compañeros.

El día que entramos en Damasco, y la tarde antes, vimos salir y entrar en la ciudad más de mil camellos con provisión y otras cargas para la ciudad. Antes de llegar a esta ciudad cuatro leguas la vimos. Descúbrese muy bien por ser muy torreada, asentada al pie del monte Líbano.

Tiene una grandísima vega, donde se siembra en grande abundancia. Legua y media antes que entrásemos pasamos muchas huertas, y acequias, y fuentes, y





mil frescuras. Entrados por la ciudad anduvimos gran parte de ella primero que llegásemos a la posada, y fuimos a posar al aduana; entramos a pie, porque no consienten los turcos que los cristianos entren en sus pueblos caballeros.

En todas las calles hay por lo menos una fuente. Es tan abundante de todo lo necesario, así de cosas de comer, como de mercaderías, sedas, brocados, lienzos, telillas, que no hay más que buscar.

Hay el mejor pan que yo jamás he comido, y frutas cuantas hay en el mundo, y una que se dice musa, es de muy buen sabor.

Esta ciudad será de población poco menos que Sevilla. Las casas por de fuera no son muy buenas, aunque hay muchas principales en lo de dentro. Hay (según nos dijeron) cuatrocientas mezquitas, todas bien edificadas con sus fuentes a las puertas donde se lavan para entrar a hacer su oración. Vimos muchas por de fuera, porque de dentro no podemos dar señas, porque costara la vida al que entrare en ellas, como está dicho.

En esta ciudad de Damasco estuvimos cinco días, y los más de los peregrinos enfermaron, porque dormíamos en el suelo, en un muy mal aposento; yo por la misericordia de Dios estuve siempre con salud.

Estaba en Damasco en aquel tiempo, un caballero veneciano que se llamaba Bernardo, por cónsul de la nación de Italia; éste nos dio de comer estos cinco días muy regaladamente a todos los peregrinos sin interés, que fue parte para reparar el daño que nos iba haciendo el no haber comido desde Jerusalén otra cosa (los más de los días) sino pan y uvas, y agua, que aunque hay bien que comer, como no hay mesones para nosotros adonde se coma, se pasa mal porque nuestra posada es en los establos, en compañía de camellos y búfalos. Con este caballero y un fraile francisco muy buen religioso, que el Bajá, virrey y señor de la ciudad, tenía en su casa por ayo de sus hijos, del cual los fiaba, y no de sus turcos, y moros. Anduvimos muchas veces la mayor parte de la ciudad paseándola por verla, y comprar cosas para nuestro camino.





Estos días que allí estuvimos era una Pascua de los moros, que toda la ciudad estaba regocijada, y duró tres días. Un día andando yo por una calle, donde había mucha gente, andaba un genízaro turco a caballo corriendo por entre la gente, que era menester mucha destreza para no ser atropellado. Llevaba desnudo un alfanje, y venia borracho, y había dado a un moro una cuchillada que le abrió la cabeza; yo me escondí entre los moros, y pasó como un rayo; escapeme de este por buena diligencia, porque no hay duda sino que gustara de dar otra tal cuchillada a un cristiano. Fuera de esto anduvimos muy seguros siempre por la ciudad, mirando los regocijos de su Pascua. Digo de verdad que juntando las cosas que esta ciudad tiene dentro, y de fuera, no debe nada a cualquiera de las mejores del mundo. Es habitada de turcos, y moros, y judíos, mercaderes, y muchas naciones de cristianos, que los más son viandantes. Hay de todos los oficios muy pulidos oficiales, y de tejer sedas extremadamente. Entramos en casa de un turco a ver como tejía el más hermoso brocado del mundo. Muy bien merece esta ciudad tener el nombre de cabeza de Siria como lo es, y siempre lo ha sido.

Lo que hay que ver de devoción en esta hermosa ciudad es la casa de Ananias, discípulo de nuestro Redentor, adonde le habló y mandó que fuese a buscar a san Pablo, nuevamente convertido que estaba orando, y le fue bautizar, y confortar. Mostráronnos el muro por donde los cristianos colgaron a san Pablo en una espuerta, y se escapó del rey Areta que lo quería matar.

Mostráronnos una piedra en una plaza cercada con una reja, que decían, que de allí subió a caballo san Jorge cuando fue a matar la sierpe; lo que vi y nos dijeron, eso escribo.

Llegado el tiempo de nuestra partida el cónsul veneciano que nos regaló, nos concertó con unos moros honrados y fieles para llevarnos a la ciudad de Trípoli, donde nos habíamos de embarcar, que es en la misma tierra de Siria. Alcanzamos en Damasco la fiesta de Todos Santos, y este día, y el de difuntos dijimos misa en el aposento del cónsul, estando de fuera en el patio aguardando que acabásemos de decirla, moros, y judíos, y turcos que venían a negociar, sin





perturbarnos, estando nosotros en este oficio encerrados. Salimos de la ciudad seis peregrinos y cuatro frailes. Antes que saliésemos se trató del camino más derecho para Trípoli, y nos dijeron que por el monte Líbano, por donde había venido un gentil hombre veneciano. Éste nos aconsejó que no fuésemos por allí, porque había muchos alárabes ladrones, y estaba el monte muy nevado, y así dejamos de ir por aquí. Rodeando un poco de más camino, llegamos como hasta veinticinco leguas a nuestro mar Mediterráneo. Ribera de la mar vimos muchos lugares, y entre ellos a Tiro y Sidón. Pasamos por Baruth, junto a sus muy frescas huertas. Por este camino serán como cuarenta y cinco leguas, desde Damasco a Trípoli.

Es esta ribera de Siria excelente tierra; hay muy grandes montes, donde hay muchas y buenas heredades, y algunas de los cristianos maronitas que moran en el monte Líbano junto a Trípoli. Hay por estos montes perdices y otras cazas. Por aquí hay muchos ríos y pasajes de aguas que descienden del monte Líbano a este mar Mediterráneo.

Pasando por esta ribera del mar fuimos por un estrecho camino hecho en las peñas, llegamos a un río, y pasámosle por una hermosa puente del tiempo de los romanos. Allí están dos losas con un gran letrero en latín, y otro en arábigo, donde nombran a Marco Antonio y Marco Aurelio emperadores. Llamóse el río del Can, por cierta fábula de los gentiles, que dicen que este can o perro, que era de piedra, hablaba a los de esta tierra cuando había de haber guerra o alguna novedad, y después lo echaron en este río. Yo lo vendo al precio que lo compré, crea cada uno lo que quisiere.

Este monte Líbano que tantas veces hemos nombrado es muy grande, y atraviesa mucha tierra desde Damasco hasta el mar. Tiene muchos brazos, y lo principal de él va derecho a Trípoli, y llega a dos leguas de la ciudad, y desde ella vimos muy bien la cumbre que toda estaba nevada.

De este monte se cortó la madera de cedro para el templo de Salomón. Aquí hay muy buenas viñas, y es el vino muy bueno. Es merecedor este monte de desear





verle, por la memoria que de él se hace tantas veces en la divina Escritura. El día que llegamos a esta ciudad de Trípoli había llovido tanto que impidió la salida de una grande nave, de que íbamos ya casi desconfiados de alcanzarla, y fue la causa, que el día siguiente nos embarcamos en ella, que parece que Dios por su bondad nos la tenía guardada para nuestra vuelta; que aunque había otros navíos que iban a Constantinopla, y a otras partes de Italia y Francia, esta nao era la que mejor nos estuvo, por venir derecha a Venecia. La ciudad de Trípoli de Suria es muy buena, y de muy fuertes casas; su población está en tres montecillos junto a la mar, aunque el puerto está media legua. Es fresquísima de aguas, y huertas, y naranjos, y limones, y palmas y todo lo demás que de una tierra fértil se puede decir. De mercaderías digo que es la escala de medio mundo, así del poniente, como del levante, hasta la India oriental. En nuestra nave vinieron para ir a Venecia ocho o nueve mercaderes italianos que venían de la India, que son más de dos mil leguas por tierra, pasando cuarenta días por desiertos, según nos contaron, y la mayor parte de llanos arenosos, donde ni agua, ni que comer se halla; y así traen en camellos para estos días su comida y bebida, y vienen muchas veces mil camellos juntos en compañía.

Aquí en Trípoli posamos, peregrinos y frailes, en una casa, que es como monasterio, donde están de ordinario tres frailes franciscos puestos por el guardián de Jerusalén, que son como curas de los mercaderes que allí hay, italianos.

Es habitada esta ciudad como las demás de moros, y de judíos, y turcos que son los señores.

El guardián y su compañero salieron con los que nos íbamos a embarcar, hasta que nos entramos en la mar; éramos de vuelta siete peregrinos.





Capítulo novenno

De nuestra vuelta, desde Trípoli hasta Venecia.

Salidos del puerto de Trípoli comenzamos a navegar, y venimos poco a poco hasta llegar a la isla y reino de Cipro. Llegamos a vista de Famagosta que es la cabeza de aquel reino. De allí venimos a la isla de Candia, y por la costa de Turquía venimos a la Morea a vista de Modon. Llegamos a la isla del Zante, donde estuvimos diez días. Del Zante fuimos a la isla de Corfú; aquí tuvimos la Pascua de Navidad; es una de las mejores fuerzas que los venecianos tienen en la Grecia. Es de grande importancia la conservación de esta isla y puerto, porque me parece que es la llave de Italia.

Y pasando la costa de Esclavonia, y Albania, y Dalmacia, venimos a una graciosa isla y ciudad, que se llama Lezna. Estuvimos en un monasterio de frailes franciscos cinco días, por haber gran tormenta en la mar. La lengua que aquí se habla es la esclavona, aunque entienden la italiana. La ciudad aunque es pequeña, tiene muy buenas y fuertes casas, y hay buen puerto. De aquí venimos por la costa de Istria a una ciudad y obispado que se llama Parenço. Aquí salimos de la nave, y venimos en un barco hasta Venecia, que son cuarenta leguas, adonde llegamos por la misericordia de Dios con salud, y alegría bien deseada. Dimos muchas gracias a Dios por habernos llevado y traído de tan santo viaje y peligrosa jornada, así de mar como de tierra. Estuvimos desde Trípoli hasta llegar a Venecia sesenta y seis días. Entramos en la ciudad a diecinueve de enero, del año de mil y quinientos y ochenta y nueve. Estuvimos en todo este viaje desde el día que salimos de Venecia, hasta volver a ella, cinco meses y cinco días.





Capítulo décimo

Del camino que hicimos desde la ciudad de Venecia hasta Sevilla.

En Venecia nos detuvimos mes y medio, por reparar la salud y trabajo del camino, y recoger y corregir mis libros que hallé estampados. Hospedome un cantor de la Señoría, que se llama Antonio de Ribera, adonde fui en su casa tan regalado que mis padres no lo pudieran hacer con mayor amor, que fue causa que tuviese entera salud.

Salidos de Venecia, venimos a Ferrara, y a Bolonia, y Florencia, y Pisa, ciudades muy principales de Italia. Llegamos a Liorna, puerto de Toscana, en busca de las galeras del gran Duque de Florencia que iban a Marsella por la gran Duquesa, su esposa, hija del Duque de Lorena. Hallamos al gran Duque en Liorna, adonde me hizo favor que yo le besase las manos; mandome dar posada, adonde me proveían regaladamente. Prometiome acomodar en las galeras del Papa, que las aguardaba por horas, para ir en compañía de las suyas, las cuales ya eran idas adelante con las de Génova y Malta, que por todas eran dieciséis. Iban hermosamente armadas y adornadas, como para bodas de tan grandes príncipes.

El capitán general del Papa cumplió bien ese ruego del gran Duque, regalándome en la galera capitana, dándome su mesa, y cámara de popa, y así vine hasta Marsella tan bien tratado que no se echaba menos la tierra.

Llegamos a Marsella la Semana Santa, y estuvimos la Pascua. Las galeras quedaron en Marsella aguardando a la gran Duquesa. Fletamos un bergantín





hasta Barcelona, y embarcados en él dos genoveses, el uno se llamaba Juan Ansaldo, dos italianos, y tres españoles. Salimos del puerto con un poco de mal tiempo, y fuimos con pesadumbre por no volver a Marsella, y habiendo andado como cinco leguas, nos entramos en un poco de abrigo de una caleta, porque no se podía pasar adelante. Apenas habíamos llegado a poner los pies en tierra, cuando vimos cerca de nosotros un bergantín. Cuando lo vimos, entendimos que venían como nosotros a esperar allí buen tiempo, y no venían sino para hacer lo que diré.

Venia lleno de arcabuceros ladrones, y aun algo luteranos, y descubriendo sus malas personas con los arcabuces apuntados en el rostro, les dijimos que se detuviesen, y que nos dábamos por rendidos, porque hacer otra cosa resistiéndoles no se excusaba la muerte, porque en nuestro bergantín no había sino espadas, y dos arcabuces mal en orden, que aunque fueran ocho eran pocos.

Estos soldados (o por mejor decir ladrones) entraron en nuestro barco, y tomáronnos las llaves de nuestras valijas, y no quedó cosa en su lugar que no revolvieron. Nosotros estábamos en tierra junto al agua viendo lo que pasaba, esperando el fin de este negocio, con tan poca esperanza de la vida, mirándonos unos a otros sin hablar palabra. Era ya casi noche cuando nos mandaron entrar en su bergantín, y se apoderaron de toda la ropa y armas; volvimos una legua más a su estancia, a una fortaleza donde ellos vivían y salían a estos asaltos. Primero que llegásemos a su fortaleza, nos pusieron en una cámara donde había mucha paja, y junto a la dicha cámara mucha leña, y todos ellos estaban de fuera hablando en su lengua francesa. Nosotros estuvimos allí encomendándonos a Dios con temor de ser allí quemados. Quiso Dios sacarnos de este temor y peligro. Lleváronnos a su fortaleza, y allí nos dieron de cenar, y sus pobres camas, donde comenzamos a perder el miedo. Dimos a la mujer del capitán algunos escudos de oro, y ella nos aseguró que no había peligro en nuestras vidas.





Pasados tres días que estábamos de esta manera sin dejarnos salir de esta fortaleza, adonde también tenían presos a nuestros marineros, tratamos de nuestra libertad, yendo y viniendo cierto francés como tercero entre las partes. El capitán nos pidió por cada uno cien escudos, y que nos daría la ropa. Todos dijimos que no los teníamos, que hiciese lo que quisiese.

A este tiempo vino un hombre de Marsella de esta compañía, y no supimos que recaudo trajo, más de que el capitán dijo luego que no quería nada de nosotros, porque ellos eran cristianos, sino que como pobres soldados tenían necesidad. Dio cada uno los dineros que pudo; a mí me costaría como veinticinco escudos el rescate de la ropa. Diéramos el día que nos prendieron, por la seguridad de la vida, todo lo que teníamos.

Estuvimos aquí ocho días, y embarcámonos con su buena voluntad. Y el capitán y compañeros nos acompañaron tres o cuatro leguas en su bergantín, y nosotros en el nuestro. Cuando se apartó nos dijo que no volviésemos a Marsella, que si nos tornaba a tomar nos cortarían las cabezas; en esto no se engañaba, porque si pudiéramos, volviéramos a Marsella a quejar de ellos. Fuimos por esta costa de Francia dos días, y en la provincia de Lengadoch, caminando al remo una mañana, vimos salir un bergantín muy a prisa de un río, y que entraba alguna gente de tierra en él, y comenzó a caminar en pos de nosotros, y a costa del sudor de nuestros marineros nos alargamos de ellos; y cuando nos pareció que estábamos ya seguros, vimos venir un navichuelo a la vela viento en popa contra nosotros. Al principio entendimos que era navío que iba a levante, y luego que emparejó con nuestro bergantín, amainó, y mandó que parásemos, y descubriéronse otra docena de arcabuceros ladrones y luteranos, y puestos los arcabuces en el rostro, nos rindieron, y entraron en nuestro bergantín, y hicieron de la ropa y personas lo mismo que los otros, después de haberles dado cada uno los escudos que en la bolsa llevábamos. Ataron nuestro bergantín a su navío, y por un río arriba nos llevaron como una legua, junto a un pueblo que se llama Ciriñan. Esta segunda prisión nos dio más temor de morir, (según dijo uno de los soldados a Juan Ansaldo) porque tuvo en el rostro





el arcabuz para descargarle y matarme, y que no sabe como fue que disparó en alto. Esto lo atribuimos a que todos a este tiempo nos encomendamos a nuestra Señora de Montserrat, haciendo voto de ir a su casa y decir misas. Estando en este río pasadas cuatro horas, vino un caballero francés, alférez de esta tierra, y tomó por memoria la ropa, y mandó que se guardase en el navío, y él nos llevó a una villa que estaba de allí a una legua, rogándome muy importunamente que yo fuese en su caballo, que él iría a pie, como más mozo. Todos se lo agradecimos mucho el comedimiento. Llegamos al lugar, y a todos dieron posada. A mi me hizo llevar a su casa, adonde cené con él, y fui muy bien hospedado.

En este lugar reside un caballero, señor de dos lugares; éste nos recibió alegremente el día siguiente, y dándonos seguridad (porque era católico) nos dijo que escribiría al Duque Memoransi, que es señor de aquella provincia de Lenguadoch.

Era en este tiempo secretario de este Duque un genovés, pariente y amigo de Juan Ansaldo; y luego que supo de nuestra prisión, hizo su diligencia para nuestra libertad. Y así nos mandó despachar el Duque, y envió un pasaporte, para que si encontrásemos otros navíos de su distrito, tuviésemos seguridad.

Con esto salimos alegres, aunque se nos quedaron algunos escudos entre los soldados.

De aquí venimos en cuatro días a Barcelona, adonde dimos gracias a Dios por habernos escapado de estos franceses, y así mismo de muchas galeotas de turcos que por la costa de Cataluña andaban, de las cuales tomó un hijo de Andrea Doria nueve de ellas. Digo ciertamente, que con haber andado entre turcos y moros, y alárabes, no tuvimos pesadumbre, ni peligro, sino en Francia.

De aquí fuimos a nuestra Señora de Montserrat a darle gracias de tantas mercedes como por su intercesión Dios nos había hecho. Salidos de Montserrat venimos por nuestro camino derecho a Valencia, y Murcia, y Granada, a la





deseada patria de Sevilla, yo y mi compañero Francisco Sánchez con salud, donde hallé muestras de contentamiento de mi llegada, especialmente del Ilustrísimo Cardenal don Rodrigo de Castro, y del cabildo de su santa iglesia.

Yo he dado cuenta en este tratado, de mi viaje a la Tierra Santa, con toda verdad cristiana, a quien quisiere saber de este camino. Hay desde Sevilla hasta Jerusalén mil y cuatrocientas leguas de ida; y por la vuelta que hice por la ciudad de Damasco, hallo que de ida y vuelta, son tres mil leguas. Es fácil andarlas, que pues yo las anduve siendo de sesenta años, no sé porque los mozos recios, y que tienen posibilidad, emperezan de hacer este viaje tan santo y gustoso; que yo les certifico que, cuando lo hayan andado, no truequen el contento de haberlo visto por todos los tesoros del mundo

FIN DE LA OBRA

